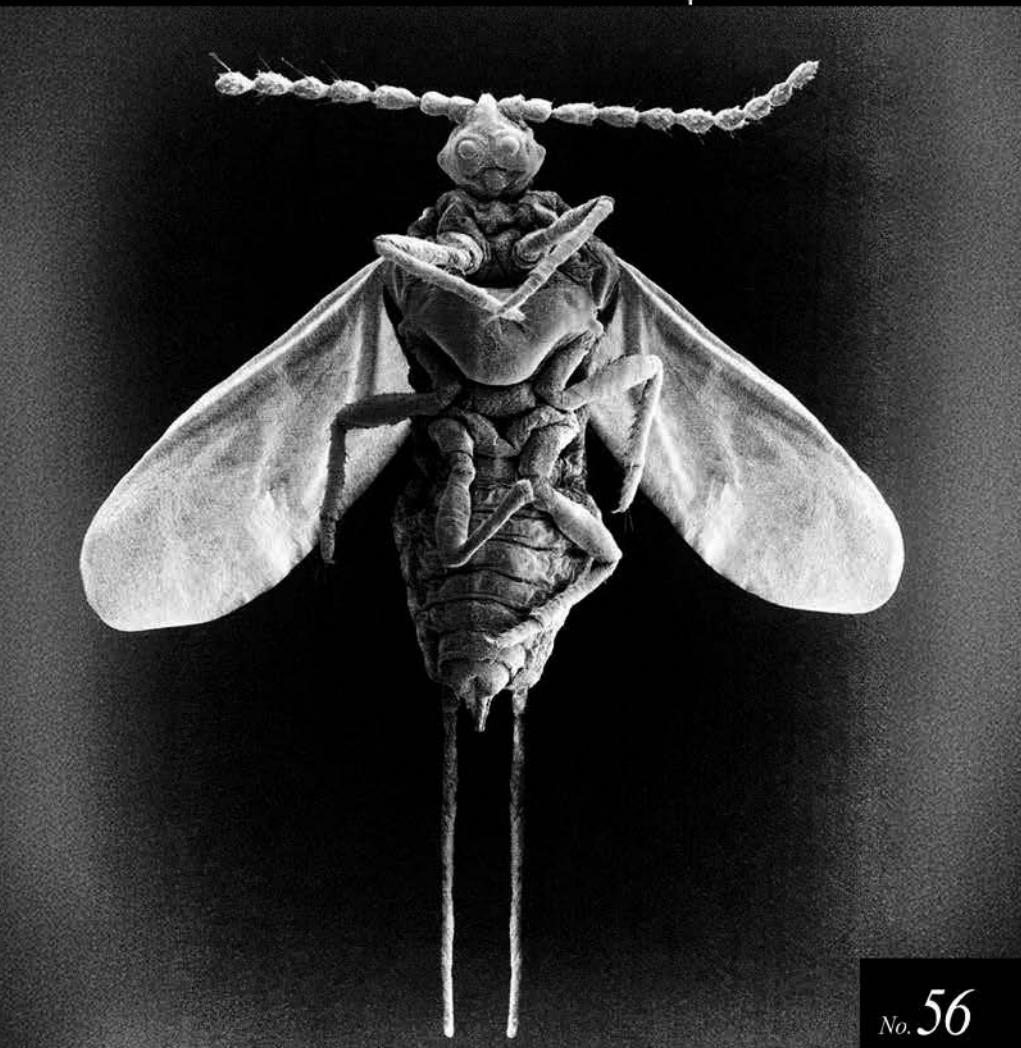
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

JUNIO-JULIO
2025

EJEMPLAR GRATUITO



No. 56

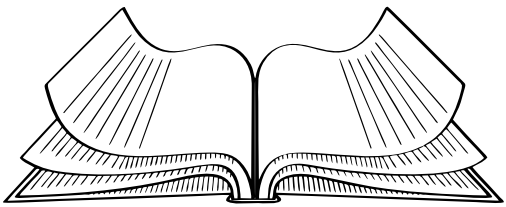
PUNTO
PILATES

AMORES 949,
BENITO JUAREZ,
03100, CDMX

PILATES
NUEVO ESTUDIO



Síguenos y
reserva tu clase



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 56

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Aespiral
Viktor Olvera 7

Nietzche II
Luis Urbina 8

Sin título
Ricardo Plata 10

FIRMAS

Cercanas
Cecilia Durán Mena 12

Colonia Narvarte: La colonia de buques varados en el concreto de la CDMX
Andrea Fischer 18

Angelus Battaglia
Fernando Montoya 22

IMAGINARIO

La boca del Río Sado
Carlos Henrique Batista da Costa 30

Cadenas corporales III
Catherine Echeverria 30

Sin título
Ignacio Navarro 31

Paisaje 14
DM Sandoval 32

Sin título
Dayana Hernández 33

VOCES

Tú
Roberto Eduardo Cortés Rivas 35

En medio del silencio
Eduardo Diego 41

Esmalte Rojo
Itzayana San Germán Ceceña 43

Cuentas conmigo
Nancy Verver 49

La terraza de Tito
Mayra Murillo 50

El pueblo de Cumbres
Simona Galdina 53

El tiempo de Dios es perfecto
Enrique A. Meitín 54

Amapola Pt.1
Alejandro Avila 56

Hablando por escrito

Soy testigo fiel del inmenso río de creación literaria que fluye en estos momentos, para asombro de propios y extraños. Es mucho lo que queremos contar y somos muchos los que sentimos esa necesidad imperiosa de hacerlo. Entre la realidad y la ficción se alzan sueños tangibles y efímeros que se funden con el éter de la imaginación literaria. Un poco de realidad se mezcla con la ficción, creando escenarios que se convierten en el alma y la esencia de las narrativas que los autores esculpen con sus palabras. Aquí, vale tanto un lugar real como una construcción onírica, un espacio donde las fronteras entre lo tangible y lo imaginado se desdibujan, dando lugar a una danza literaria que enriquece y transforma la percepción de estos paisajes urbanos.

Estas voces que se materializan en forma de letras pretenden abatir ese mundo de oscuridad y pesimismo que nos quieren hacer creer que es la verdadera realidad. Relatos que se desarrollan en calles vibrantes o barrios bulliciosos, en paisajes urbanos impregnados de historia o en ambientes rurales, marcos que son más que meros telones de fondo en la literatura; son protagonistas que cuentan sus propias historias a través de los autores que las interpretan. El bullicio y el susurro se convierten en notas musicales que los escritores utilizan para componer sinfonías de narración, donde la realidad y la ficción se entrelazan en una armonía de palabras.

Es curioso reflexionar en torno a cómo, en la actualidad, vivimos en un mundo muy polarizado, en el que hay palabras violentas, fronteras que resultan artificiales, mundos en los que hay muchas diferencias que buscan separar en vez de ir a buscar convergencias. Hay líneas que separan: géneros, estilos, motivos. Y, entre estas separaciones tenebrosas hay voces que musitan desde sus trincheras y quieren elevarse para alcanzar los ojos de un lector, el mejor posible.

Este flujo creativo no se puede contener, hay tanto que narrar y no podemos permitir que esos textos se carcoman en la oscuridad de un cajón, se olviden en alguna memoria digital, se conviertan en esa nada cubierta de polvo y que el abandono sea su origen y destino. No.

En *Pretextos Literarios Por Escrito* desafiamos esa oscuridad y damos espacio para que esas voces venzan la inmediatez siempre fugaz e inexorable. Por eso, entre nuestras páginas buscamos esa lucidez con perseverancia e ilusión. Jugamos con el tópico del *tempus fugit*

—esta locución latina que hace referencia explícita al veloz transcurso del tiempo—, nosotros queremos fijar el segundero, parar el minutero, dejando constancia de la palabra en tinta y papel. Queremos invitar a nuestros lectores a participar en el desafío, no para pensar en la fugacidad de los segundos, sino para darle potencia a la fuerza expresiva de nuestros autores.

Ese brillo creativo se da maravillosamente en el cruce de caminos entre lo subjetivo y lo universal, y nos invita a reflexionar sobre cuestiones como si la literatura tiene género o si es válido hablar de un tipo de ficción que se defina por las expectativas y preferencias de quién la escribió, no como límite o frontera sino como reconocimiento de nuestras huellas de identidad. Porque la literatura en su esencia refleja el sentido humano de la palabra, pues las palabras no entienden de límites biológicos ni culturales; nacen de la experiencia y de la imaginación.

Sin embargo, quien escribe influye en cómo narra, en qué temas elige explorar y en cómo se perciben sus obras en distintos contextos socioculturales. Así, la literatura es también un espejo que refleja las aspiraciones, luchas y realidades de quienes la escriben y leen. Estos no son más que mapas, herramientas útiles para orientar al lector, pero no deberían ser jaulas; más bien, son puntos de entrada para descubrir historias que trascienden etiquetas y nos conectan en lo esencial: nuestra humanidad compartida.

De este modo, la literatura, ya sea como expresión individual o colectiva, no se deja limitar. Su riqueza reside en la diversidad de voces, estilos y perspectivas que la conforman. La auténtica magia literaria radica en su capacidad de unirnos, de hacer que las fronteras se desvanezcan y que, aunque sea por un momento, nos reconozcamos en el otro.

Los textos que presentamos en este número son reflejo de ese flujo creador incontenible que brota con fuerza desde ese deseo incontenible de narrar y dar testimonio de esa imperiosa necesidad de hacerlo para ustedes, nuestros lectores.

Con ustedes, el número 56.

La editora general

Aespiral

Viktor Olvera



Miento cuando pienso

canto cuando sueño dentro del sueño dentro del canto dentro del cuando dentro del pienso dentro del miento dentro del dentro

Miento,

cuando pienso, canto que sueño pero no sueño, nomás me acuerdo...

Karla C.

Nietzche II

Luis Urbina

El tiempo en los bucles
de una escultura helénica.

Otros rulos hay que son horripilantes
lenguas movedizas marchando en zigzag
sedientas
por entre las dunas,
sobre la sequedad
extensa y corpuscular
a través de los milenios.

Nuestra habla, como la vida, es ávida; pero corta;
nada más que unas palabras, bífidos instantes.

De lo que sí tenemos mucho son animales emblemáticos:
leones, águilas, niños.
De seguro es un camello
el que va por el desierto de la culpa.
Inútiles las cargas, pesan en los lomos; por no pensarlas bien.
Secas las papilas;
remordimiento en gránulos.

Los imperativos, máximas de la Voluntad en desgarre,
pertenecen a la especie de los arácnidos
que atrapan las conciencias en redes universalistas.

El alemán hijo de pastor es más feliz
que las vacas,
si no debe rumiar como ellas.

***

Hablemos, ahora, del palimpsesto cósmico,
de una víbora que muerde su cola
y lo que vale al esoterismo —de charlatanes—
que no valga ya, tras-tras-tras los martillazos.

¡Ay! La mítica nueva es una mística de poca monta,
pasiva expectación de los viajes
no espaciales
y bucle
temporal.

Lo que es bueno para Netflix es malo
para el filósofo que baila
al son de lo mismo y lo mismo
y lo mismo,

¿en retorno?

¿Qué es lo que

regresa...

siempre?

Lo que es malo para Sísifo
sigue siendo malo para Sísifo.

A no ser una figura de dicción, irrita cada repetición,
porque eso es morderse la cola.

Ponzoña en
la siguiente palabra como las fauces
de un dragón de Komodo:
ETERNIDAD.

De no ser aliteración,
ripiosa la repetición.

Reptil de las aniquilaciones,
engúllela pronto, macera tan mal vocablo con tu baba
en la inmanencia
que es muy cariñosa.
Disuelve sus huesos, a duras penas,
con las bacterias del sinsentido.

Juan Pablo Mena

Sin título

Ricardo Plata

Mi abuela tiene conejos en las axilas
su olor de aguja
atrae a las abejas,
en sus pechos hay enjambres.



Tiene rehiletes en el cabello
y una bata que le cubre los sauces del artritis.
Mi abuela juega a ser concha
repite lo que escucha del vecindario,
su diversión de armar altares
donde coloca la foto de su esposo
que aún sigue maldiciendo.
Mi abuela calienta a sus conejos
con el fuego de su odio.
A mi abuela le gusta ser llanto
y ponerse una lágrima como arete.

Diana Sánchez Trejo


¿TE GUSTA LEER?
¡ESTO ES PARA TI!
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO
¡Revista *Por Escrito* te invita a su nuevo taller!
TALLER DE LECTURA
¿Interesado?
CONTACTO@PORESCRITO.COM

Cercanas

Cecilia Durán Mena

¿Supiste que murió Avelina? Es la pregunta de bienvenida por parte de mis antiguas amigas quienes fueron mis compañeras de preparatoria al llegar al desayuno en el que se celebra el ochenta aniversario del colegio. Por eso, por esa razón, no quería ir. Quería evitarme esos cuestionamientos, esas miradas, esa curiosidad y la intriga generada por la cara que pondría al responder. Quise ahorrarme hablar de un destino que no fue el mío. No quiero ser la guardiana de lo prohibido, de lo que no se explica, de lo que duele. Por eso, precisamente por eso, tuve la tentación de no venir, pero vine. Y aquí estoy, en mi vieja escuela oyendo esas preguntas que llegan a mis oídos como el zumbido de una mosca. Claro que lo sé, ¿cómo no iba a saber?, les contesto tratando de evitar se note mi mandíbula trabada, el nudo gordo en la garganta y lucho para que los ojos no hagan agua.

Sabía que me iban a preguntar, por eso no quería venir. Pero vine. Vine porque la hermana Leticia Alejandra —le gustaba que nos dirigiéramos a ella con los dos nombres— insistió. Ella sigue ejerciendo esa influencia autoritaria en mi niña interna, no hay quién le diga que no a la directora del colegio. Pudo ser el hábito y la toga o la mirada profunda o la palabra amable lo que no me permitió huir de ese compromiso. Me pidió pronunciar el discurso del festejo por el aniversario del colegio, en el que se incluyera un panegírico sobre Avelina. ¿Quién sino tú?, las amigas celebres y celebradas de esta institución. Y, de nueva cuenta, se me impuso esa presión que siento por agradar en lugar de hacer lo que quiero. Una vez más, el binomio que formé con la que fue mi mejor amiga surgía de entre los bordes del tiempo. La vida nos unía y nos separaba. Yo ahí y ella ausente. Yo hablando de ella y Avelina, tal vez, escuchando. Tal vez sí o quizá no. O como en nuestros tiempos de bachilleres, mejores amigas compitiendo por aparecer en el primer lugar del cuadro de honor.



Avelina siempre fue una estudiante muy esforzada y con buenos resultados. Era una rival dura de vencer. Estudiábamos juntas, íbamos a las mismas fiestas,



compartíamos amigas, nos arreglábamos en mi casa o en la suya cuando salíamos a divertirnos. Si ella ganaba, yo la presumía. Si yo no entendía alguna tarea, ella me explicaba o al revés. Hubo gente que pensó que nos parecíamos mucho: altas, ojos negros muy grandes, pestañas largas, pelo castaño al hombro. La verdad, con el uniforme de la escuela, podríamos haber pasado por hermanas. O eso era lo que quisimos creer cuando nuestra unión era tan fuerte como la de la uña y la carne. Si mi amiga tenía un secreto, yo era su caja fuerte. Si quería portarse bien o mal, yo era su cómplice. Éramos cercanas. Hasta que dejamos de serlo.

El punto de separación fue la universidad. No porque hubiésemos elegido ir a diferentes lugares. Sino que Avelina sorprendió a todos cuando nos dijo que ella no iba a estudiar una carrera universitaria. ¿Por? Nunca dijo. Con el paso del tiempo llegué a comprender que en su casa no podían pagarle la colegiatura. Entonces, cada vez que la cuestionaba, o la animaba a seguir con sus estudios, ella me miraba con un resentimiento con el que jamás me vio cuando yo le ganaba el primer lugar en el cuadro de honor. En aquellos tiempos, éramos muy jóvenes para entender razones que ni siquiera eran las nuestras sino las de nuestros padres.

Sí, Avelina cambió. Dejó de ser esa joven alegre y ruidosa a quien le gustaba cantar a todo pulmón, que me levantaba en vilo al bailar dando vueltas y vueltas muertas de risa. Dejó de ser esa joven feliz, pero jamás dejó de ser fuerte, muy fuerte. La fuerza y la tristeza juntas son los ingredientes de un tornado vertiginoso e irracional.

Claro que nadie se lo esperaba, Avelina fue la primera de nuestra generación en casarse. Unos cuantos meses después de la graduación, se hizo novia de un alemán que conoció en la playa y en un dos por tres se comprometió. Como yo no entendía nada de nada, traté de disuadirla, de hacerla entrar en razón, de convencerla de que era mejor destino ir a la universidad y eso me valió no ser invitada a la boda. No la vi desfilar vestida de blanco acompañada por las notas de la marcha nupcial en el triunfal sueño que, en realidad, jamás fue el nuestro. Se fue de luna de miel a Europa sin despedirse de mí y los recién casados se quedaron a vivir en Berlín. A los siete meses, recibí por correo un sobre con la fotografía de una bebecita rubia de ojos enormes. Se llama Marlene, fue todo lo que escribió. Eran idénticas en distintas versiones: la madre

morena y la hija güerita. Una niña cargando a su bebé, el padre debió tomar la foto porque no aparecía en escena.

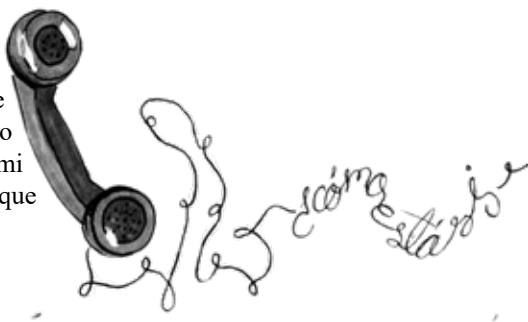
Seis años después del nacimiento de Marlene, recibí un sobre con una copia fotostática y otra fotografía. Una era el duplicado del título universitario como periodista que obtuvo en la Universidad de Berlín y otra era la imagen de Avelina soplando las seis velitas del pastel de su hija. Del flamante marido, nada. Ese fue el último sobre que recibí de ella. Me enteré por las noticias que mi amiga —siempre la seguí llamando así— se convirtió en reportera de guerra. Me sorprendió verla en la televisión dando cuenta de lo que estaba pasando en Irak. Cubrió la guerra en Bosnia, el conflicto ruso-checheno y la crisis anglófona en Camerún. El mundo le cupo en un puño.

Avelina recibió el premio internacional a la valentía y coraje periodísticos. Cuando me enteré, presumí que ella era mi amiga; al menos, lo había sido. Al poco tiempo, a mí me dieron mi primer premio internacional de literatura y a la semana un repartidor me entregó un arreglo de orquídeas blancas moteadas de manchas color vino con una tarjeta que decía: ¡Felicidades!, escrita con su puño y letra.

La vida siguió su curso y un abismo de silencio y ausencias nos separó. No puedo decir que ese alejamiento fuera doloroso. El hueco que ella dejó en mi vida se había llenado mucho tiempo atrás. Una verdadera amiga es la que te escoge no por ser quién eres o cómo eres, sino por lo que eres para esa persona. Era evidente que, en los ajustes del tiempo, dejamos de ser cercanas.

No obstante, es claro que el destino tiene sus recovecos y de pronto nos da sorpresas. Una mañana calurosa de abril, de esas en las que la Ciudad de México se pinta de color lila porque todas las jacarandas florecen y las calles se tiñen del mismo tono, me enteré que Avelina estaba en el hospital y le había preguntado a una de nuestras amigas en común por mí. No puedo mentir, tuve una emoción muy contrastada: me dio gusto saber que estaba en el país, me dio coraje que no me buscara ella directamente, me dio felicidad que preguntara por mí, sentí horrible que estuviera internada con un pronóstico poco promisorio.

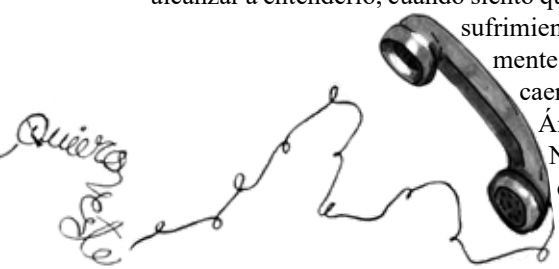
Llamé al hospital y, para mi sorpresa, cuando la operadora me transfirió a la habitación, fue Avelina la que contestó. ¿Cómo estás?, le pregunté y reconoció mi voz de inmediato. Ya ves, dicen que



las golondrinas y los vencejos vuelven al nido a morir, aunque eso signifique tener que reconstruirlo. Por lo tanto, es acertado decir que estoy en época de reconstrucción. Qué bueno que me llamas, quiero verte. Quiero verte, pero no aquí. Me darán de alta la próxima semana ¿te parece bien si vamos a comer? Me alegro que te den de alta, quiere decir que estás mejor, ¿verdad? No, quiere decir lo contrario. Ah, no supe qué decir. ¿Comemos?, me insistió. Sí, claro. Yo hago la reservación, me dijo y tomó el control de la conversación, cosa que agradecí en el alma.

Eligió un restaurante de comida japonesa que está muy cerca de mi oficina. Nos reunimos una semana después de la llamada. Ese día me tardé mil años en elegir cómo vestirme, ¿falda o pantalón? mejor vestido. Me cambié muchas veces, sentía que iba o muy fachosa o demasiado arreglada. Al final, ni me acuerdo cuál fue la última elección. Avelina ya estaba esperando cuando llegué. Me detuve a verla sin que ella supiera que la observaba, ahí sentada en una mesa junto al gran ventanal que da al jardín japonés. La vi distinta y a la vez igual. Ahora, llevaba el pelo corto, cortísimo como un soldado raso, teñida de un rubio casi blanco. Los ojos y los labios muy maquillados. Se veía bien, no enferma. Mi mirada jaló la suya. Sonrió. No hubo abrazos ni lágrimas, hubo un apretón de mano y un beso en la mejilla. También, hubo una advertencia: no quiero hablar de médicos ni de medicinas, ni quiero tonos melancólicos, ni motivos para que se nos deslice el ánimo. Muy bien, accedí.

¿Puedo saber qué tienes?, tuve que preguntar y ella que contestar. Estoy enferma y harta de luchar. Los tratamientos y las quimioterapias me dejan peor que antes. Son heridas inútiles. Es caer y no tener fuerzas para levantar. Es aspirar a lo normal que ahora es lo alto para mí y andar de lo más bajo, chueco. Pero, aunque no me muevo, caigo a velocidades vertiginosas. Sigo cayendo y caigo a ningún lugar, a la nada. Lo malo es que ya no sé por quién sufro ni qué hice para tener este gran remordimiento. En realidad, a nadie le hago falta y eso está bien. Es un alivio. No sé por qué me preocupo tanto. Y, cuando me parece que voy a alcanzar a entenderlo, cuando siento que voy a concebir la causa de este sufrimiento atroz, el pecho se distiende, la mente se obnubila y vuelvo a caer, a caer.



Ánimo.

No, por favor, no. No quiero oír eso. Todo es demasiado fácil

y tortuosamente injusto. El ánimo no me conduce a ninguna parte. La miré y sellé los labios. Calculé el terreno que estaba pisando, el declive de la pendiente, el peso que podría tener la mejor palabra que llegara a elegir. Mejor silencio. Mejor una excelente botella de vino tinto. Mejor, mirar atrás que al frente, hablar del pasado en común que del futuro. Con recuerdos, entramos a nuestras casas de infancia, al olor a perfumes baratos que comprábamos porque no nos alcanzaba para más; nos metimos a nuestras recámaras a escuchar a Quiet Riot, a Sting o a Queen —cómo sufrimos cuando murió Freddy Mercury—, volvimos a sentarnos en el salón de clases y, aunque parezca increíble, nos reímos de los mismos chistes que nos sacaron las carcajadas hacía tantas décadas; tantas que parecía que se trataba de otra vida y otros personajes.

De pronto, me pidió que la ayudara. Ahogué el gritó que quiso salir del estómago. Le pregunté por su hija. Marlene y yo no somos cercanas. Fíjate como es la vida, he tenido dos grandes sorpresas que me han inundado de asombro: la primera fue cuando tuve a mi bebecita entre los brazos, no esperaba sentir eso; eso era el amor perfecto, ese que te corta el aliento, esa prueba palpable del propósito de la existencia. La segunda fue enterarme del desprecio que ella siente por su madre. En ambas ocasiones me quedé patidifusa, aturdida. Ante mi prosperidad y mi adversidad, ella tuerce los labios, eleva los hombros y no pierde la oportunidad para cortarme la respiración con su maltrato. Ni reconoce lo que he hecho bien —algo habré hecho bien en la vida, todo ser humano tiene hechos buenos— ni me acompaña en mis tribulaciones. Sabe que estoy enferma, porque yo se lo dije. Me desea suerte y ya está. Esa soledad, asfixia. ¿Me ayudarás?

No.

Lo entiendo, no se hable más.

La comida transcurrió entre risas y brindis, como si jamás se hubiera pronunciado la petición. La luz dio paso a la oscuridad, una botella a la siguiente. Nos despedimos con un abrazo fuerte y apretado. Otro silencio llenó el abismo de nuestra historia, una vez más. Al tiempo, tal vez, nueve meses después, recibí la llamada de Marlene.Avelina consiguió su ayuda. Acababa de suceder. El funeral sería esa misma tarde, pero yo no estaba incluída en la lista de asistentes. Es un funeral privado, me aclaró su hija. Te aviso porque tengo instrucciones de entregarte sus diarios de guerra y algo más que te dejó. Somos sus herederas, el albacea se pondrá en contacto contigo. Fin de la conversación. Con ese algo que recibí se llenaron esos huecos que la separación fue formando. Entre sus

fotos, libros y escritos pude ver la transformación de Avelina, no era la jovencita que dejó de ser mi amiga y logré vislumbrar la potencia de una mujer que no le tuvo miedo a la guerra y se atrevió a ver el horror de frente. Mi mayor alegría y mi peor desencanto me llegaron por sorpresa, no estaba preparada para esos eventos. Y eso que una reportera de guerra es difícil de agarrar desprevenida, escribió en la última página de su diario.

Siento la mano de la madre Leticia Alejandra sobre el hombro. ¿Estás lista? Le digo que sí. Muy bien, te quiero presentar a alguien. La identifico con sólo mirarla. Hola Marlene, la saludo por su nombre, aunque jamás la hubiera visto antes en mi vida. ¿Quieres decir algunas palabras para tu madre? No. Simplemente, quiero estar a tu lado cuando pronuncies lo que tienes preparado, si no te molesta. Claro que no me molesta, al contrario, le sonrío y suspiro. Sí, yo siendo yo. Pero, la verdad, sí me molesta. Quiero decirle que fue injusta con su madre, que fue cruel que la hubiera dejado sola, que fue horrible que no me dejara acudir al funeral. Me muerdo la lengua y la miro. Total, ¿qué sabía yo? Al fin y al cabo, ella y yo somos las que estamos aquí y eso que no éramos tan cercanas a Avelina.



Ilustraciones por Karla C.

Colonia Narvarte: La colonia de buques varados en el concreto de la CDMX

Andrea Fischer

1.*Alguien me da la espalda*

No es la primera vez que sucede. De hecho, creo que es una constante para los transeúntes que vamos sobre la calle de Amores, una de las fronteras entre la Colonia Del Valle y la Narvarte: cuando paso cerca de la Parroquia del Purísimo Corazón de María —se me fue el aliento—, siento que Dios me da la espalda. De una manera natural, casi como si no se diera cuenta de que estoy ahí. Y tampoco lo culpo: la escultura está hecha para mirar hacia la calle de Gabriel Mancera.



Pensé que era Dios hasta hace poco. Dios como lo entienden los católicos: la entidad masculina todo-poderosa encarnada en Jesús, quien a la vez, es hijo de Dios. Esta vez, resucitado, con los brazos abiertos para recibir a la feligresía. Bueno, solo a esos que van a su encuentro, y no a quienes pasan por detrás. Incluso desde niña, en más de una ocasión me pregunté si a Dios-Jesús le gustaría ver tantos coches pasar. Luego me enteré de que no era Jesucristo, sino María, su madre, representada con facciones pesadas y hecha por completo de piedra.

"No hay pierde", escribe el periodista y fotógrafo Diego Berruecos para MXC, un medio urbano híper-local dedicado a 'elevar la cultura y el caos' citadino. Otra vez, se me fue el aire. Pero sí, concuerdo con él en que no hay pierde: la Virgen que

mira el tráfico pasar en un eje vial es una referencia para los citadinos que habitamos la Alcaldía Benito Juárez. El Art Déco mexicano, aunque secular, dejó su marca severa impresa sobre este templo de paredes pesadas y ventanas alargadas, flaquísimas. Este hermetismo me hace remontarme a lo que decía antes: desde fuera, fácilmente podría parecer que Dios te da la espalda. O peor aún, que no te deja entrar.

2.*Colonia de buques varados*

Y sí, claro que es raro empezar un texto sobre la Colonia Narvarte —más aún: dedicarle toda la primera sección— con uno de los puntos de referencia principales de la Del Valle. En ocasiones, me resulta más como una especie de advertencia: aquí cambia algo. Aunque ciertamente es irónico, porque María es de piedra y no ha cambiado desde 1923, cuando coronó por primera vez la cúpula poliédrica de la parroquia que lleva su nombre. Sin embargo, espacialmente sí es un hito, como una especie de centinela entre dos barrios clásicos de la CDMX.

Limitada al norte por el Viaducto Miguel Alemán, la Colonia Narvarte se fundó alrededor de la década de los 40. Recibe su nombre del terrateniente Felipe Narvarte, que la adquirió hacia las últimas décadas del siglo XIX. Antes colmada de terrenos agrícolas, durante la primera mitad del siglo XX se convirtió en una zona residencial de casas estilo californiano. Muchas de ellas con torres cilíndricas rematadas con ventanales largos y flaquitos; en las puertas, marcos de cantera y pesada herrería negra en las ventanas.

No sólo eso, también fue de las primeras colonias en la Ciudad de México pensadas para departamentos. Muchos de ellos, documenta la arquitecta Mariela Segura, son claros ejemplos del movimiento funcionalista. Sin embargo, se distinguen de otros —más someros y discretos— por tener "claraboyas similares a las de un barco", detalla la especialista para FUNDARQMX.



Y es que sí; la Narvarte es la colonia de los buques varados en el concreto. A primera vista, muchos de ellos fácilmente podrían ser imitaciones del Titanic y otras bestias de la década

de los 20. Largos, pesados, con ojos-ventanas muy redondos: los edificios aquí son como ballenatos sedientos y solemnes. Tienen proas redondeadas y costados alargados, como si cada departamento fuese un camarote de techos altos. Algunos de los mejores ejemplos están sobre las calles Cumbres de Maltrata y Petén, donde parecen asomarse entre los camellones de antaño, rebosantes en palmeras —hoy todas muertas, tras una plaga que les arrebató el verdor en 2020.

Cinco años más tarde, la Alcaldía decidió que era momento de tirarlas, antes de que se precipitaran sobre la calle. O sobre alguien. "Esta situación representa un riesgo para la comunidad", publicó el Congreso de la Ciudad de México, antes de empezar el proyecto de tala de palmeras. Y no sin demasiada exageración, ya que los cadáveres se alzan —aún hoy— a más de 5 metros sobre el suelo, a través de las calles más transitadas de la colonia. Algunos se han cortado; otros, siguen ahí, como un recordatorio de abandono político.

3.*Camellones selva/desierto*

Si Dios me da la espalda, la Alcaldía abandonó por completo los camellones de la Benito Juárez. Aunque es cierto que algunos de los troncos se han ido removiendo a lo largo de un lustro —porque claro que generan un caos vial más en la capital—, los camellones de la Narvarte se cuidan solos. Entre las ramas, que de pronto se trenzan con el cableado público, todavía se ven aves, ardillas, mariposas y gatos que buscan atraparlas.



Quizás el mejor ejemplo es el de la calle Enrique Rébsamen, que vive y respira por su cuenta con árboles centenarios. "Parecen deidades", me dijo alguna vez mi pareja: y creo que tiene razón. Visto de otra manera, las deidades no necesitan del Estado para florecer. Sólo lo hacen, a menos de que les corten las raíces.

Las raíces de las deidades sobre Rébsamen respiran por sí mismas. Creo que sería aún más reto el intentar quitarlas; están empeñadas en seguir ahí. Incluso, rompen el concreto para respirar mejor. Si se camina desde la esquina con la calle San Borja hasta Luz Saviñón, se verá esa selva citadina discreta: es como si fuera una arteria verde incorrompible. No cede, a pesar del smog, el maltrato y el poco cuidado. A veces, incluso pienso que así lo prefieren

las plantas: “sabemos cuidarnos mejor nosotras mismas”, parecen decir, mientras siguen elevándose.

Espolvoreados en los extremos de los camellones y en las esquinas, hay comerciantes que fabrican muebles de madera: camas, estanterías, libreros. Todo lo hacen a mano. Y claro que contrasta, porque en ocasiones, escojen camellones sin vida: así como el de Rébsamen es un bastión para la vida natural de la Benito Juárez, parece que otros se han vuelto polvo. Selvas y desiertos.

4.*Nah, Dios no me da la espalda*

Dios no me da la espalda, porque quien pensé que era Dios es más bien mujer. Su madre, quien mira a sus hijos pasar en Gabriel Mancera. Quizás, siquiera pensar en eso me hace darme demasiada importancia a mí misma.

La Narvarte navega en el concreto con ballenatos varados como balsas. En sus camellones hay arterias que todavía limpian la ciudad, a pesar del smog, el tráfico y el desasociego citadino. Y, tal vez, Dios se asoma en los ojos de los árboles. A veces, me parece que les veo llorar.



Ilustraciones por Max Adame

Angelus Battaglia

Fernando Montoya

"... Es mejor conquistarse a sí mismo
que vencer a mil en mil batallas.

Al vencerse a uno mismo, uno gana:
nadie puede quitarnos la victoria.

Ni los ángeles ni los demonios,
ni el cielo ni el infierno,
pueden volverla una derrota.

... Vale más la visión del principio y el final
que cien años sin comprender lo que sucede.

Vale más ver un día de nuestra inmortalidad
que vivir cien años entre tinieblas.

Vale más ese día que vimos el camino
que vivir toda una vida sin ver."

Los Miles
(Dhammapada o las enseñanzas de Buda)

Sucedió en un tiempo donde no dictaban las horas; en un espacio donde la luz y la oscuridad no estaban regidos por un ordenamiento justo, aunque sí divino.

Por su vaga exactitud, podemos deducir que lo ocurrido "allá arriba" tuvo lugar, quizá, en algún cielo cuya cercanía le pudo haber sido patente a los ojos humanos. De orígenes inciertos, la batalla celestial que se gestó entre ángeles contra demonios sirvió para dar lugar a un acomodo celestial y terrenal.

* * *

La historia me fue contada en Puebla. El año y medio allá se debió al interés de cursar un diplomado en Historia del Arte Barroco en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Aunque originalmente me encontraba estudiando en la Ciudad de México, la necesidad de salir del odioso tedio de la metrópoli fue el motivo que llevó a inscribirme e irme. A pesar de lo provechoso que pudo haberme ofrecido el estudio, no me quejo, honestamente, de no haber rendido académicamente lo suficiente gracias a las continuas invitaciones de los amigos para salir a divertirnos.

* * *

Rafael, estudiante de teología y letras latinas, fue con quien más conviví. De hecho, su ingreso a la universidad coincidía con la fecha de ingreso al diplomado. Frecuentemente asistía de oyente a una de mis clases (Barroco Mexicano) y cuando participaba lo hacía cuando ya casi se agotaba el tiempo. La mayoría de las veces opinaba, dejándonos asombrados, sobre los retablos de la Biblioteca Palafoxiana y de otros dispersos en múltiples catedrales e iglesias mexicanas. Claro, el profesor que impartía la clase continuamente mostraba gestos de inconformidad al dejarle a este joven la batuta por unos instantes, pero sabía que no podía rebatirle (incluso interrumpirle) pues matizaba algunos temas vistos en clase con un buen dominio.

Mis compañeros y yo teníamos mucha curiosidad por él. Su sola presencia inundaba el ambiente de una sensación de misterio. Casi siempre vestía con una camisa blanca y pantalones de mezclilla azules, como si fuera uniforme; era alto, delgado, de tez muy blanca, cabellos castaños semi-rizados que le llegaban un poco más abajo del hombro, con frecuencia acomodados con una coleta. Llegaba a clase con su mochila azul e incluso demasiado abultada, como si llevara muchos libros, sin siquiera mostrar un gesto de molestia por la pesadez que traía a sus espaldas. Se sentaba en el último asiento y aguardaba el inicio de clase: serio, estoico. Nunca vi que apuntara, incluso que tomara un cuaderno de apuntes.

El día que iniciaba el fin de cursos estaba en la Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar", que se encuentra en la calle 2 Oriente, en el Centro de la Ciudad. Trataba de buscar bibliografía para realizar un ensayo final. Al bajar las escaleras principales para dirigirme a la salida, me topé con Rafael en el descanso.

—¿A dónde te diriges? —me preguntó.

—Hola, al departamento a descansar… ¿y tú? —le respondí.

—Quise visitar este lugar. Hace tiempo que no me daba una vuelta… No tengo el



tiempo suficiente para recorrer la Ciudad —respondió con cierta nostalgia—. Sin embargo, aprovechando que ya salimos, te invito a Cholula, nos quedaríamos en la casa de un amigo capellán. Saldríamos hoy en la noche…

—Me parece buena idea. Solo déjame terminar unos pendientes. ¿Te parece si nos vemos a las 8:30 afuera de Catedral? Así tomaríamos el camión de las 9…

Rafael asintió con la cabeza. Se despidió y continuó su camino por las escaleras.

Su invitación no se me hizo insólita del todo, considerando que Rafael, todo él, era acreedor de un halo de misterio.

A partir de ese momento, inició una amistad, enriquecida por viajes, excursiones y debates. Su mundo era apasionante, pero me limitaba al querer saber más de su pasado, incluso de su familia. Por eso, no es de sorprenderse el hecho de no haber tenido conocimiento ni siquiera de sus apellidos. Solo se limitaba en comentarme sobre su larga estadía en Puebla.

* * *

Lo conocían muchos lugareños. No había lugar en que no recibía un saludo, un obsequio o una invitación a pasar la noche en sus casas. Una ocasión, en un pueblo cercano a Metepec, escuché decir de una matrona que "ése güerito le salvó la vida a mi cuñada, pues el chamaco que traía dentro le estaba complicando el parto… Nomás con haberle puesto su mano en la frente, se acabó el suplicio", lo dijo maravillada, como si reviviera aquel momento. Si bien él estudiaba teología, por su aspecto parecía aquel evangelizador que tomaba su rumbo para curar a los enfermos y ayudar a los necesitados.

Un día enfermé terriblemente del estómago. Nos encontrábamos a la orilla del lago Valsequillo, en un valle localizado en la Sierra Norte. Los dolores me mantuvieron tendido en el suelo por muchos minutos. Mis lamentos llegaron a oídos de Rafael, quien se encontraba pescando. Se acercó, me tomó el mentón, me observó y volvió a irse. A los pocos minutos regresó con una vasija pequeña en su mano izquierda, y en la derecha, un pescado colgando de una cuerda. Se acercó al pie del árbol donde me encontraba recostado, se hincó en cuclillas y me dijo:

—Tómate este remedio, es curativo, lo utilizan los indígenas de la región… —me dijo mientras me acercaba la vasija— Tiene extractos de manzanilla y ajenjo.



—¡Pero Rafael! ¡Qué menjurjes me traes ahí! —dije, mientras soltaba una risotada. No dijo nada, se mantuvo ecuánime. De reojo observé al pez que traía cargando.

— Con la hiel de este pez, úntatelo en la boca del estómago… Estoy seguro que te recuperarás pronto…

Al aspirar los humores no pude dejar de esconder mi rostro de repulsión. Bebí lentamente la mezcla y unté la hiel sobre mi estómago con un pañuelo que traía conmigo. Solo pasaron unos instantes cuando sentí la mejoría de mi estado.

—Así como el padre de Tobías fue curado de la ceguera por la hiel y las vísceras de un pez, ¿por qué no haberlo hecho contigo? —me comentaba mientras recogía su morral azul y su caña (improvisada por unas ramas). Se enderezó, afianzó el morral a su espalda, dio unos pasos hacia el camino que nos conduciría al pueblo, y sin voltear, me dijo: Ven… sígueme.

* * *

El comportamiento de Rafael en Valsequillo me invadió en el trayecto rumbo a Tetela. Llegó un momento en que el sueño ganó mis esfuerzos por continuar despejando mis preguntas. Pasadas unas horas, desperté. Observé que Rafael dormía. Al bajar la vista, noté que mi puño sostenía algo. Al abrirlo, descubrí una pequeña medalla, enmarcada de bronce y algo corroída por el tiempo; al centro, la imagen de un ángel arcabucero en un paisaje bucólico. Notaba que el rostro estaba casi borrado (quizá por descuido del pintor) pues la pintura a la altura del rostro estaba corrida, haciendo indefinible las facciones. Sin embargo, no presté importancia; deduje que tan enigmático regalo no pudo haber sido sino producto de mi misterioso acompañante.

Ya en Tetela, después de haber visitado el templo de la Virgen de la Asunción, nos dirigimos al Zócalo del pueblo. En una banca,

frente al atardecer que comenzaba a caer, pude agradecerle a Rafael sobre la medalla.

—No tienes por qué… la medalla es algo antigua —respondió con una sonrisa— ¿Sabías que de algún modo los ángeles buscan el refugio de los hombres para redimirse después de la batalla celestial que tuvieron contra el mal? Aquella batalla sucedió en un tiempo imposible de descifrar. Aunque se sabe que ocurrió en uno de los cielos cercano al Sol, a Júpiter y a Saturno. El cielo se tiñó de rojo, acompañado de algunas nubes que eran acariciadas por el viento. Se escuchaba el retumbar de los tambores angelicales, el sonido hueco de los arcabuces, la sinfonía bélica de las trompetas. Miguel, el arcángel, con su espada desenvainada, encabezaba la lucha. Retumbaba el cielo por el ruido que hacían al chocar lanzas, sables y facones. Abajo, la Tierra, rogando el cese de tan violenta causa; arriba, los ojos colosales de Dios, como dos astros que se confundían con planetas, observando cómo sus huestes llenan el terreno de combate… uno de ellos, Luzbel, alimentado de orgullo, se rebeló contra Él. Muchos ángeles se le unieron...

Un silencio gobernó aquel momento. Pareció que a Rafael le fue necesario un silencio:

—Al final, el eterno retorno es lo que sobrevive. —concluía mientras me observaba— La historia, mi querido amigo, será por siempre una lucha entre el bien y el mal. Aquella batalla celestial se fraguó en búsqueda de un ordenamiento del mundo.

—¿Dónde supiste todo eso?

—Es difícil contestarlo. Aunque estoy seguro que viviste una prueba estando conmigo…

—¿Por qué dices eso?

—Solo tú serás capaz de responder a esas preguntas… recuerda y encontrarás… ¡Ah! Tranquilo, solo iré a comprar unos dulces en la tienda de la cafetería. Regreso —caminó, hasta haber perdido contacto visual.

¿Qué quiso decirme con que viví una prueba a su lado? Recordé la medalla que me había obsequiado. La tomé y observé unos cambios: el rostro desdibujado del ángel cobraba nitidez. Aquel rostro le encontraba familiaridad: Rafael. Me levanté para buscarlo. No lo encontré.

Nunca supe de él. Ni un sólo rastro.

Al final, entendí que los ángeles y los hombres se parecen

entre sí y confluyen mutuamente en este mundo; se pintan para presenciarse en él y cuando son olvidados, se borran para que alguien los vuelva a representar.

Al final de cuentas, Rafael rehízo su historia para buscar auto legitimarse, pues su mundo no es más que una constante reinvención. Curan, lloran, viajan, necesitan ser escuchados, sentirse vivos, como sucede con nosotros.

La lucha quedó inconclusa, nos resta continuarla...

… sucedió en un tiempo donde no dictaban las horas; en un espacio donde la luz y la oscuridad, no estaban regidos por un ordenamiento justo, aunque sí divino…



Ilustraciones por Diana Sánchez Trejo

¿Te gusta escribir desde lo tétrico?



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

TE INVITA A SU NUEVO TALLER DE ENSAYO:

ESCRIBIR LO SINIESTRO

Ensayar el terror desde lo cotidiano

INICIO 2 DE AGOSTO 2025

MÓDULOS:

1. Anatomía del miedo
2. Monstruos, sombras y metáforas
3. El suspenso como estructura
4. Voces del abismo
5. El ensayo como exorcismo

Impartido por:

Dr. Fernando Montoya



Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Deusto.

Miembro de la mesa de arbitraje de *Por Escrito*.

HORARIO:

5 CLASES

SÁBADOS

de 11:00 a.m. a
12:30 p.m.

Constancia y
publicación en la revista

Modalidad:

virtual y presencial

¿Te interesa?

contacto@porescrito.com

55 7378 8336



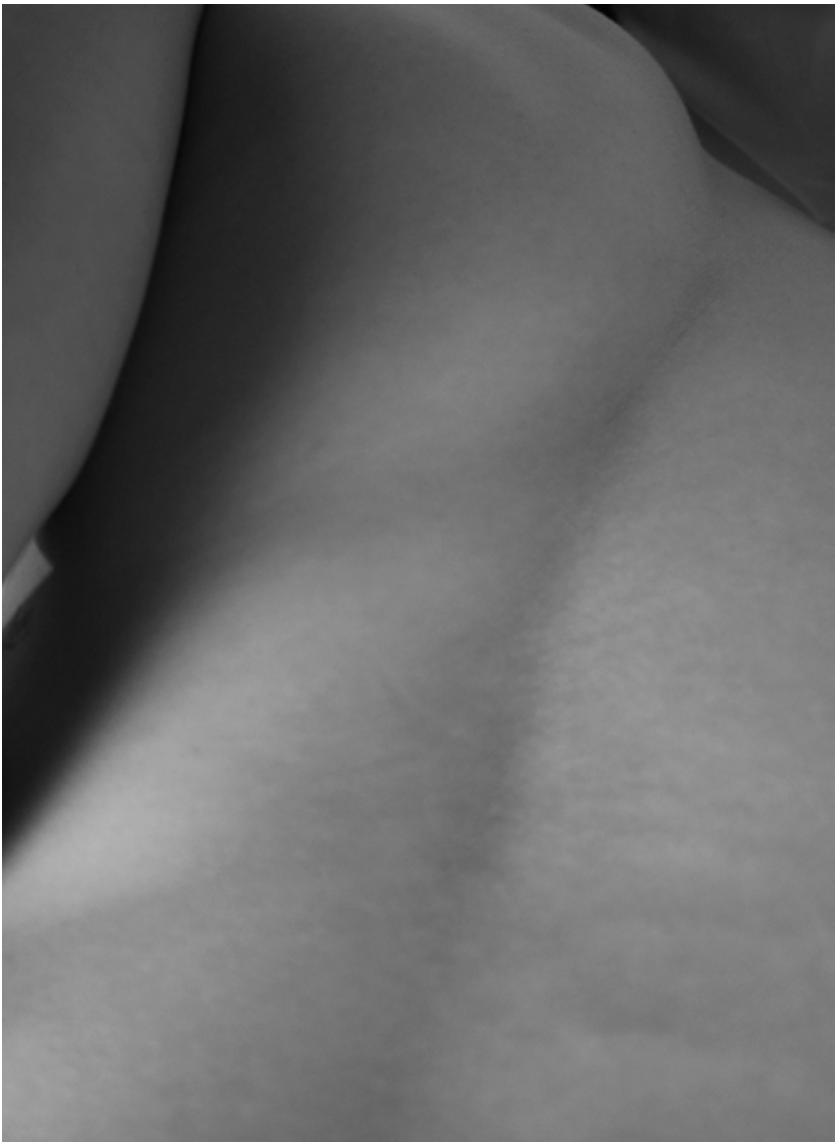
La boca del Río Sado, Carlos Henrique Batista da Costa



Cadenas corporales III, Catherine Echeverria



Sin título, Ignacio Navarro



Paisaje 14, DM Sandoval



Sin título, Dayana Hernández

¡Revista *Por Escrito* te invita a su nuevo taller!



TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Para más información escríbenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Tú

Roberto Eduardo Cortés Rivas

Llevo tantos años conociéndote, de hecho, desde que llegué a este mundo has estado conmigo. Crecimos juntos; desde que usábamos pañales, cuando nos destetaron y aprendíamos a tomar de un biberón, hasta aprendimos a caminar el mismo día, a la misma hora, en el mismo lugar. Tú luchabas por mantenerme en pie, mientras yo te ayudaba a no perder el equilibrio.

—Mira cómo vas creciendo —decía mi mamá al comparar nuestras alturas—. Seguro que mañana añadiremos una nueva línea.

La ansiedad por crecer nos carcomía a ambos, pues en los programas que veíamos en la televisión siempre mostraban que los niños, al crecer, se veían demasiado guapos. Imaginaba cómo seríamos, con un corte a la moda, ropa elegante y a nuestra media, llamando la atención de las personas que nos miraran cruzar por la calle.

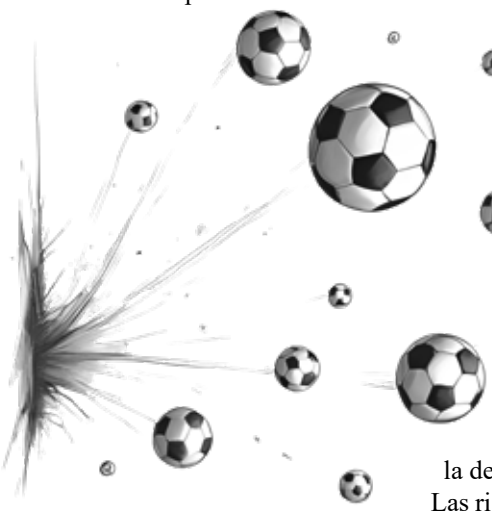
Durante toda la infancia, nuestra relación no parecía tan mala. Nos encantaba correr descalzos por la casa, aun si mi mamá nos perseguía implorándonos que nos pusiéramos chanclas, porque si no nos enfermaríamos. E incluso cuando eso llegó a pasar, estuvimos tendidos días en la cama luchando por mejorar nuestra salud; y cómo no, luchando por tragarnos ese horrible medicamento que mamá nos obligaba a tomar. Varias veces estuvimos a punto de vomitar. ¡Buagh! Lo siento, pero aún recuerdo ese horrible sabor bajando por la garganta. ¿Tú no?

La energía que tenemos cuando somos niños debe de ser expulsada de algún modo, razón por la que muchos papás buscan actividades, la mayoría de ellas físicas, para que sus hijos puedan sacar toda esa energía que a sus padres les hace falta para enfrentarse a la vida.

—Además, es un buen ejercicio —decía el Dr. Efrén, nuestro pediatra. —Es importante estar sano.

Lo más común era el fútbol, el deporte por excelencia de este país, pero la verdad nunca me sentí atraído por ese juego; sin embargo, era lo más accesible para mi familia, pues la primaria a la que íbamos ofrecía a los padres de los estudiantes prácticas de fútbol después de las clases. Eso era una ventaja para los papás que no tenían tiempo de cuidar de sus hijos por el trabajo, como mi mamá, o para padres que simplemente no querían cuidar de sus hijos. Vuelvo a decir: yo no quería. No me

emocionaba jugarlo. Los chicos eran bruscos, agresivos y siempre me incomodaba verlos en los vestidores cambiándose y presumiendo esto y aquello de sus cuerpos. Y si no lograba parar una pelota o no era lo suficientemente rápido, me insultaban. Tú, sin embargo, nunca dejaste que me rindiera, aun cuando el estómago, los brazos y la cara me dolían por los balonazos que me tiraban al hacer un penalti, los cuales sospecho ya eran intencionados. Luchabas para que no me rindiera, para mantenerme arriba como lo hacía Atlas con el mundo, porque así fue como me apodaron los demás.



—Ya no deberías de correr tanto, porque tiembla.

—¡Ahí viene el Mundo, tengan cuidado con su gravedad!

—Su gravedad solo sirve para atraer el balón a su cara y cuerpo, por eso es el portero.

—Pero no dejen que salte, porque si el Mundo choca con la tierra, causará la destrucción.

Las risas siempre estallaban en el campo cuando veían al gordito correr detrás de la pelota. La gente me señalaba. Mi equipo se avergonzaba. Se supone que eran mi equipo, que debían apoyarme, pero eso nunca pasó.

Tú fuiste mi Atlas… metafórica y literalmente, pues siempre me sostenías cuando me caía, por las burlas, o porque alguien me aventara en ese asqueroso campo de pasto sintético y fingía un temblor.

Dicen que los niños son bastante crueles, y vaya que sí lo son, pero son niños, no entienden del todo lo que dicen, pero los adolescentes… oh mierda, esos cabrones sí que saben lo que hacen, lo que dicen y el porqué lo dicen.

La adolescencia es como una etapa en la que tienes que demostrar, ante tu grupo social más cercano, que eres un "prospecto" a seguir. Es cuando despiertan los deseos sexuales entre los chicos y las chicas,

comienzan unos cambios en el cuerpo que a muchos les favorecen y a otros… simplemente no. No me vi favorecido en la secundaria, como otras personas, y aun así nunca me dejaste. Me sentía cómodo contigo, pero claro que hay ciertos comentarios que me hacían preguntarme si no era mera hipocresía tuya y todo finalmente reventó.

Una noche, estábamos viendo videos porno, como cualquier adolescente con acceso a internet hubiera hecho. "¿Por qué no miramos este?" Nos decíamos. "O aquel con la mujer negra. ¿Ya viste qué chichotas tiene?" Esa noche fue cuando, con un roce leve en mi entrepierna, me insinuaste "Este de aquí se ve interesante, reprodúcelo". Lo hice.

En la pantalla aparecieron dos hombres que comenzaron a besarse, a tocarse y, más rápido que tarde, se penetraban mutuamente. Eran atractivos y sus cuerpos eran como los de las estatuas en los museos, como los de actores en revistas de moda. Eran hermosos y tú, maldita sea, no tardaste en hacerme notar que me gustaba lo que veía con un simple roce en mi entrepierna. "Está dura", me dijiste "eso es lo que te gusta".

Te odié. Me diste asco cuando me hiciste notar que me gustaba el cuerpo de los hombres. Estaba tan confundido. Tenía miedo. Era un pecado, un pecado que me condenaba al infierno. No era "normal" a palabras de otras personas.

Aun así, estuvimos juntos en eso, pero comenzaba a detestarte. Te detestaba desde que me despertaba, hasta que iba a dormir. Te odiaba en sueños. Estaba muy seguro de que todo lo malo que me pasaba, era tu asquerosa culpa. Pero para esas noches en las que te maldecía, algo que me daba ánimos para seguir adelante y no martirizarme por el hecho de que me gustaran los hombres, era leer durante las madrugadas mangas con temática BL. Imaginaba que algún día conocería a alguien que me quisiera tal y como yo era, como me veía, que no le importara un número en una báscula o una talla de cintura, pero me percaté de algo que cambió mi panorama, pues todos los protagonistas de esos mangas eran delgados, tanto que te hice saber de mi nuevo plan para poder bajar de peso. No estuviste de acuerdo y aun así te mandé más a la mierda que a cualquier otra persona. Ese día, o más bien esa madrugada, comenzó todo.

Aun cuando dormíamos en la misma habitación parecía que nos habíamos perdido la pista. Te veía cada mañana al despertar, pero

realmente no te veía.

Logré perder cerca de 40KG en tan solo tres meses. ¿Cómo? Fácil. Solo comía todo lo que quería y después vomitaba. Era placentero sentir el bulto de comida masticada, a veces entera, otras a medio digerir, regresando por mi garganta y cayendo por fin a la taza del baño. El olor agrio de la comida, del ácido y la bilis perfumaban el baño. Sabía que así debía oler la belleza. Cuando mi garganta ardía y mi estómago dolía de tanta contracción, sabía que había ganado la batalla contra la comida, pero tú llorabas impotente cuando lo hacía. Terminabas con los ojos rojos y en lágrimas, implorando que me detuviera, que me lastimaba y te lastimaba a ti en el proceso.

Me ponías ante un espejo para que me diera cuenta de todo el daño que me estaba haciendo. Mi cara se veía demacrada, mis ojos hundidos, mis dientes desgastados y mis huesos del tórax se marcaban con el más mínimo movimiento, mi cabello ya no brillaba y mis dedos tenían cicatrices por el constante roce del nudillo con los dientes y el ácido estomacal, pero yo no lograba ver lo que tú veías y me querías mostrar. Solo veía belleza en donde yacían los huesos, una irónica juventud en aquel rostro demacrado y tanto esfuerzo en las cicatrices de mis manos. Era hermoso. Tocaba mis huesos como quien toca con suavidad una tecla de piano del más fino marfil. Y no solo lo notaba yo, la gente también.

¿Conseguí los romances con los que tanto había imaginado? No exactamente, pero sí conseguí romances. Era bello, deseado, encantador.

—Eres tan hermoso —me decían tantos hombres.

—Pareces un ángel, con este cuerpo tan rico —me decían otros.

Amaba sentirme deseado. Que me tomaran por la pequeña cintura que tanto había deseado, que me escupieran en la cara y, aunque me salpicaran de la comida que no se habían limpiado de los dientes, me besaran. Que alguien me susurrara al oído con su hediondo aliento:

—Eres mío, mi amor.

Era lo que valía la pena. O eso me hacía creer yo, pues una vez que terminaban de depositar sus fluidos calientes en mi cuerpo, en mi cara o en mi boca, pasaba a ser un objeto más.

—Vístete.

—Bueno, ya vete.

—Te llamo cuando te necesite.

—No soy un puto como tú, eh. Solo tengo curiosidad.

Eran las más comunes que escuchaba. Pero hubo uno en



específico, imposible de olvidar para ambos. Nunca me dijo su nombre, ni cuando me invitó a pasar a su departamento. Era fornido, más alto que yo, con un rostro tan atractivo que por un momento pensé que podría ser modelo. No dijo nada y me condujo por un pasillo con puertas cerradas hasta su habitación. Nada más entrar y cerrar. Me tomó por la cintura, sus manos eran grandes y fuertes, y me jaló con tanta facilidad hacia él como alguien que toma un listón. Sentí su pecho, firme, su abdomen casi esculpido contra mi cuerpo al besarme y sentía que me derretía de placer en ese momento.

—Estás hermoso, cabrón —dijo mientras me alzaba y me arrojaba a la cama.

—Desvístete —ordenó.

No había terminado de quitarme la primera prenda cuando él ya estaba completamente desnudo y erecto. Se abalanzó sobre mí y con desesperación me quitó todo, por no decir que casi me lo arranca. Y una vez desnudo yo también, no le costó ningún trabajo girarme.

Algo se rompió. Me dolía, Dios, me dolía, sentía que me estaban desgarrando.

Intentaba salir de debajo de él, pero su peso no me lo permitía.

Con cada subir y bajar de su cintura, comencé a gritar. Incluso pedí por ayuda, pero mis gritos se vieron ahogados por su enorme mano que me tapó la boca y parte de la nariz.

—Cállate, si bien que te gusta esto, putita —me susurró.

Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro, como si fuera lo último que me quedara para pedir piedad. Pero él no se detuvo.

—Como me prende que lloren —dijo. Su voz derramaba placer y miel.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando terminó dentro de mí, se levantó como si nada, buscó una toalla y dijo

—Ya te tienes que ir, que mi esposa no tarda en regresar. Ya sabes donde está la puerta. Me voy a bañar.

Y se encerró en su baño.



Tomé mis cosas, me vestí tan rápido que la playera la traía al revés. El cuarto olía a sudor y a sangre. No quise mirar la cama. Y cuando estuve a punto de salir de la habitación, aquel hombre me gritó desde el baño:

—¡No despiertes a mi hijo, que está dormido!

Era deseado… y vaya a qué costo.

Ese día, al regresar a mi casa, ya me estabas esperando

en mi habitación. Remarcabas la ligera cojera que tenía por el dolor que ese último encuentro me había causado. Te ignoré y me metí al baño. Ya me estabas esperando ahí adentro mirándome fijamente. Volví a ignorarte. Me bajé los pantalones para meterme a bañar y vi la sangre en mi bóxer. No fui consciente del dolor que me causaba eso y del que te causaba a ti también.

Me metí bajo la ducha caliente. Y te metiste conmigo. Estando tan cerca de ti pude ver por fin lo que querías mostrarme. Los insanos huesos, las ojeras, mi cabello, pero no entendí tu punto. Me estabas pidiendo auxilio. Que me diera cuenta de todo el daño. Me toqué y te tocaste. Recorrí mis hombros con mis cicatrizados dedos y tú hiciste lo mismo en tus hombros. Me di media vuelta y tú también lo hiciste. Recorrí cada vértebra de tu cuerpo y tú recorriste las mías hasta las nalgas. El agua caía roja y olía a sangre, sexo y mierda. Me volví a poner de frente, asustado.

"Te odio" te dije.

—¡Das asco! —grité y me gritaste a la par.

Te lancé un manotazo. El espejo cayó y se partió. Tú desapareciste, pero sabía que me estabas esperando en mi cuarto, en el espejo que estaba frente a mi puerta, esperando a darme asco por lo que soy ahora y por lo que eras, por lo que alguna vez fue mi cuerpo.



Ilustraciones por Mónica Oltra

En medio del silencio

Eduardo Diego

En medio del silencio estaba yo, revisando las cosas de mi padre tres días después de su muerte, fue un alivio verlo descansar por fin. Mis cinco hermanos y yo no tuvimos ningún pleito por dinero o propiedades cuando él murió, pues no nos dejó nada. Por eso seguimos teniendo muy buena relación entre todos.

Yo no soy el mayor, pero soy el más aguerrido. Entonces mis hermanos me encargaron que revisara las cosas a ver si encontraba algo interesante, y ¡vaya que lo encontré!

Me tomé unos días en el trabajo, pues necesitaba un respiro. Entonces fui a casa de mi padre y empecé a revisar las cajas y el archivero que tenía, siempre cerrado con llave.

Yo no esperaba ninguna sorpresa y el siguiente paso era donar si encontraba algo útil, o tirar a la basura lo que no lo fuera. Mi intención era compartir con mis hermanos los escritos o las fotografías que hallara de nuestra vida familiar.

Los primeros dos días me encontré unos cuadernos con fotos y escritos de mi papá sobre cada uno de nosotros. Se me hizo un nudo en la garganta cuando vi el mío y decidí darle los suyos a cada uno de mis hermanos.

Éramos tan diferentes físicamente, yo siempre bromeaba que parecíamos un muestrario, pero mi papá nos quiso mucho a todos y nos hizo sentir especiales.

Mi madre, no tanto. Ella se fue de la casa inesperadamente hacia diez años, un día sin avisar, como aquel señor que fue a comprar cigarros y nunca regresó.

Al tercer día había avanzado mucho, mi padre era por lo visto un acumulador.

Me encontré una pluma de oro, tres pistolas, un anillo de sello, un rosario, algunos libros y fotos de santos diversos.

Estuve buscando la llave del bendito archivero de cuatro cajones color café de toda la vida, y que siempre estuvo bajo llave. Era lo único bajo llave en esa casa. Y siempre me sorprendió que él fuera tan misterioso con ese archivero y lo que había adentro.

Nunca supimos qué era hasta su muerte, pero mi objetivo era encontrar la llave o destruir la chapa para averiguarlo.

Ya estaba cansado, era de noche y llegué ahí desde las nueve de la mañana. Finalmente volvería al día siguiente, mi último, entonces en la caja en turno, encontré una vieja cartera desgastada, la abrí y me emocioné

mucho, por fin la encontré: la llave que abría esa puerta prohibida, ¡la llave del archivero!

A pesar de la hora, inmediatamente fui a donde estaba el archivero y lo abrí.

Estaba yo confundido, porque encontré muchos papeles médicos, la mayoría recientes; mi padre tuvo cáncer y murió en tres años. Había todo tipo de análisis y estudios, irrelevantes ahora que estaba muerto. Pero… encontré un sobre rojo, sellado y engrapado. Claramente él no quería que nadie viera su contenido.

Ya eran las once y media de la noche, estaba agotado, pero ver este sobre me quitó el cansancio. Lo abrí con mucho cuidado para no dañar los papeles en su interior, que eran muchos.

Ahí me empecé a enterar de sus secretos más íntimos, literalmente.

Mi padre tuvo una enfermedad rara cuando era joven, antes de casarse con mi madre. Luego nacimos cinco hermanos, éramos una familia normal.

Un día mi padre se cambió de trabajo a un banco donde le pagarían mucho más, estaba feliz. Ese nuevo trabajo pedía varios requisitos antes de entrar, debido al puesto al que iba. Uno de ellos era un examen médico completo.

En mi mano contaba por un lado con los documentos de la enfermedad que tuvo cuando era joven, nombre raro como todas, análisis, estudios adicionales, etc.

También los que le hicieron los del banco, tenía cincuenta años entonces, justo hace diez. Curiosamente el mismo año en que mi madre nos dejó.

Básicamente lo que yo veía era un resumen de sus exámenes médicos con todos sus indicadores, colesterol, azúcar, ácido úrico etc.

Lo que me dejó helado fue una nota adicional que decía lo siguiente:

Estimado Sr, Ramírez:



Queremos informarle, no hicimos ningún examen adicional por algo que seguramente usted sabe desde hace tiempo. Debido a la enfermedad de su juventud, quedó estéril desde sus diecinueve años.

Por eso uno jamás debe empezar a buscar sin saber lo que se quiere encontrar.

Ilustraciones Juan Pablo Mena

Esmalte Rojo

Itzayana San Germán Ceceña

Era una mañana vaporosa, de esas que pueden poner insoportable a cualquiera y generar ese caos habitual de ciudad donde a las personas se les olvida cómo manejar, el transporte público falla y las peleas se disponen a suceder. Un sol penetrante con dos que tres nubes de filtro y el habitual toque de smog; lo suficiente para sofocar las aspiraciones y promesas que atraen a la gente a las grandes ciudades.

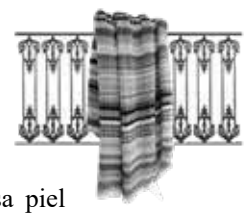
Clara iba con tiempo de sobra para su cita con la manicurista, estaba tan ilusionada por haber ahorrado lo suficiente para poder llevar sus uñas arregladas a la graduación de su novio. Además, las dos semanas de vacaciones habían dado como resultado el poder llevarlas un poco más largas que de costumbre. Sus maestros nunca les permitían llevar las uñas más allá del borde de los dedos, incluso un poco antes, justo donde se despegaban del dedo, ahí debían terminar, por aquello de la contaminación de sustancias en los experimentos que hacía para su tesis, siempre se le hizo un poco una exageración, porque todo el tiempo llevaban guantes de cualquier manera. Aunque sabía que el gusto le duraría poco, ya que a su regreso tendría que volver a cortarlas, la ilusión de por fin usarlas así, cómo le gustan a su novio, la emocionaba.

Sonó la lavadora que había terminado su ciclo, justo lo que estaba esperando para ya poder encaminarse al salón. Entonces se dispuso a pasar la colcha recién lavada a la secadora, estaba pesada, era de esas colchas acrílicas, de las famosas colchas de tigre, aunque la de ella simplemente tenía un diseño a cuadros, estaba empapada y chorreaba por todos lados. Intentó exprimirla un poco antes de pasarla, pero fue en vano, en fin la levantó y con arduo esfuerzo, sintiendo como se le escapaba de los dedos e incluso como los vencía el peso al hiperextenderlos hacia atrás, corrió el metro y medio de distancia en el que estaba la secadora y la aventó ahí. La secadora no prendía, lo intentó tres veces y nada. Solo ese esfuerzo ya la había hecho sudar, pero no permitiría que nada le bajara el buen humor, volteó y por la ventana alcanzó a identificar que, aunque no le daba el sol directo, había el suficiente calor como para que se secara en el transcurso del día. Se supone que estaba prohibido tender cosas en el balcón, pero ¿qué es lo que peor que podría pasar? ¿Qué los vecinos se quejaran en el grupo de WhatsApp?

Excavó con sus manos entre la cavidad de la secadora para poder

tomar toda la colcha nuevamente, cuidando de no pegarla al cuerpo porque se empaparía ella también. La corporalidad de Clara no ayudaba y la de la colcha tampoco, sentía como el peso la jalaba al piso, pero no quería ensuciarla. Corrió mientras concentraba toda su fuerza en sus delgados brazos y aferraba con los dedos el poco agarre que tenía contra ese peso húmedo que se le resbalaba, pasó el marco de la puerta y con la misma inercia echó la colcha sobre el barandal. La bola se fue extendiendo por partes y parecía resbalar hacía afuera cuando el otro costado seguía enredado en la mano de Clara. El peso hizo que le diera un tirón al brazo y, aunque por un segundo creyó que el peso le ganaría, se aferró con las piernas al piso y lo único que sintió al final fue un jalón que le recorrió desde la punta de su dedo medio al codo, al hombro y hasta la base del cuello. Ahí su vista se tornó en negro, mientras el latigazo de sensibilidad le bajaba por la columna y le trepaba hasta la garganta, ahogó un grito mientras la colcha terminaba de desprenderse y se balanceaba de un lado a otro sobre el barandal. Con el puro impulso del reflejo, retrocedió su brazo al mismo tiempo que vio cómo un destello pasaba volando hacia la caída del balcón. Su vista apenas se recuperaba, pero por descarte y relación entendió que eso que ahora yacía cuatro pisos abajo, en la banqueta de su edificio era su uña, su uña completa.







La sangre empezó a brotar por las comisuras del dedo, parecía la suficiente como para empezar a chorrear enseguida, pero se detuvo unos segundos en la superficie que ahora exponía esa piel que en toda su vida jamás había sentido la brisa del aire. Fueron los surcos entre el dedo y la uña, o en este caso el molde que dejó la uña, lo que hicieron que la sangre permaneciera ahí. Ella seguía inmóvil, casi tanto como la misma sangre estancada. Su mirada se hiperfijó al color rojo, estaba tan lisa esa superficie que parecía que se había esmaltado la uña, con esmalte del fino, del caro. Clara jamás pintaba sus uñas porque siempre terminaba por rasparlas con los dientes y comerse el barniz, ya que nunca lograba escupirlo. La sangre le daba asco, de hecho, era una especie de récord

personal que no hubiera vomitado a los dos segundos de atreverse a ver el dedo ensangrentado; aunque tal vez fue eso, que no se veía chorreante y que simplemente parecía esmalte rojo. No quiso prestarle más atención a esto y más allá del dolor, la inundó la desesperanza de ya no poder llevar sus uñas largas como lo había imaginado. No hay manera de que ninguna manicurista decente acepte ponerle una uña sobre la piel completamente libre.

La piel picaba y le interrumpía los pensamientos mientras trataba de darle solución a su situación. En teoría, podría ir a su cita normal y solo vendarse ese dedo, pero la idea de que sus diez uñas no se vieran parejas le atormentaba, así no era cómo debía de ser. Descartaba una opción tras de la otra, porque a todas les faltaba o practicidad o simetría, hasta que una de las descargas de dolor de su dedo trajo consigo una opción, un tanto tardada y modificaba el diseño original que tenía pensado, pero dadas las circunstancias parecía ser la mejor. Sin pensarlo más porque el tiempo le apremiaba, se dispuso a implementarla. Fue en busca de una cubeta mediana que casi nunca ocupaba, la enjuagó lo mejor posible, le echó dos tercios de agua caliente y el restante de agua fría. La llevó a la mesa y la dispuso frente a ella, en lo que el agua terminaba de mezclar temperaturas, Clara fue a la cocina, tomó unas barritas y se las comió, obviamente el plan de ir a desayunar después de su cita había salido volando por el balcón y no tenía ya más tiempo que perder. Regresó frente a la cubeta, acercó la silla más cómoda a su alcance, se sentó y sin dedicarle dos segundos más de pensamiento, metió las manos al agua. Aunque la piel de su uña arrancada hizo de todo por convencerla de detenerse, cada flujo de sangre de palpitar al corazón se regresaba con la idea de que realmente no tenía de otra, y que al final sus problemas estéticos con relación a sus uñas acabarían después de esto.

Tras los primeros cuarenta minutos empezó el arrepentimiento, no por la idea original, ese plan seguía intacto, pero de no haber prendido la tele o dispuesto algún medio de entretenimiento para la espera que tenía a continuación. Al pasar de dos horas ya había tenido todo tipo de conversaciones con ella misma, entre que afinaba detalles del viaje, de la sorpresa de graduación que le había preparado a su novio; por momentos le surgían ideas de avance para su tesis, pero no tenía manera de registrarlas, entonces intentó no pensar de más para no terminar frustrada por haberlas olvidado. Lo único que la interrumpía en estos momentos eran las pulsaciones de su dedo que había conservado su esmaltado rojo, a pesar del agua, con la única diferencia de la oxidación

del color; eso y el constante vibrar de su celular, que aunque había quedado muy lejos como para distinguirlo sabía que las primeras tres llamadas seguro fueron de la manicurista para confirmar si llegaba a la cita y para decirle de la pérdida de su anticipo de no llegar. Pero Clara pensó que podría disculparse con ella más adelante y que seguro entendería. Las otras llamadas a partir de ahí seguro habían sido de su novio para preguntar si pasaba por ella para ir a cenar, o para informarle que se había extendido su jornada y que la veía mañana temprano para emprender su viaje y estar a tiempo para su graduación. Fuera cualquiera de las dos opciones, seguro él también entendería más adelante cuando le explicara la situación y que viera el resultado final.

Tras haber pasado cinco horas más, la paciencia se convirtió en su mejor aliada y en todos esos momentos donde sentía que debía sacar las manos, donde creía ya no aguantar más, era la misma paciencia que le devolvía las manos abajo. A veces empujaba demasiado contundente y tocaba con el fondo de la cubeta, donde el dolor ya no era por la piel expuesta de su uña perdida, era por que se estaba cumpliendo el cometido y las uñas que le restaban sentían rendir su dureza al agua, como si de momento a momento de todas esas horas se hubieran diluido en la misma. Al mover las manos dentro de la cubeta sentía como la tensión del agua le era suficiente para ejercer la misma fuerza que la colcha ejerció al inicio del día sobre estas. Además, se encontraba con sensaciones que no había previsto, su piel empezaba a agrietarse a tal punto que debía mantenerse en la posición original en la cual entraron las manos, porque al mínimo doblez sentía su piel cuartearse y profundizar en cada grieta de los surcos de su superficie.

Estos efectos secundarios o daños colaterales empezaron a serle menos relevantes a Clara cuando llegó ese tan esperado momento en que sintió cómo el agua se colaba entre las uñas y sus bases, como la misma agua tomaba su curso hacía las hendiduras de los dedos y se escabullía por debajo para empezar a empujar. Sin tener ninguna clase de certeza, Clara supo que era el momento. Sacó las manos de un solo jalón, con un esfuerzo más grande del imaginado, ya que la propia agua opuso tal resistencia como si reclamara algo que ya le pertenecía. Como si el agua sintiera que había trabajado tanto en ablandar esas manos y uñas, como para que ahora le estuvieran robando del momento final de tan arduo trabajo, prácticamente se lo estaban arrancando de



las manos.

En todas esas horas de espera, Clara tuvo chance de pensar el siguiente paso con un poco más de detenimiento y de definir al ayudante indicado para tal momento: su escritorio. Era de pino y tenía este diseño clásico con surcos en los bordes y hendiduras que adornaban los cajones, cualquiera de estas podría servir a su cometido y antes de permitir que cualquier cosa la detuviera llevó sus manos chorreantes de agua hasta el cuarto donde se encontraba este. Al llegar tenía veinte carpetas, cuadernos y libros de la propia investigación de sus experimentos de tesis, junto con mil hojas regadas con los apuntes, avances, ideas y variantes. Nada de eso pareció tener mucha relevancia cuando con sus antebrazos empujó todo al costado, dejando que cayera y se mojara con el rastro de agua que sus manos iban dejando como evidencia. Una vez libre la superficie, seleccionó el segundo surco del borde derecho del escritorio, tomó las siete uñas que la anatomía de sus manos le permitió (intentando flexionar de más la uña media de su mano derecha, para no afectar el esmaltado rojo que todavía permanecía en esta y así poder seguir usándola de referencia) y aplicó la mayor fuerza posible de sus uñas en el surco, levantando las muñecas para poder ejercer esa inercia contraria que serviría de palanca al tiempo que con la voluntad que le quedaba a sus antebrazos las deslizó por el metro y veinte de la superficie del escritorio. Una a una, aunque casi todas al mismo tiempo, empezaron a desprenderse las uñas.

El agua había dejado el tejido suficiente entre la uña y la piel para que todavía se sintieran los hilos de este cortarse al momento de desprenderse, y fueron estos mismos puntos clave desde los que la sangre o el esmalte rojo, como ya se refería Clara a esta, empezara a brotar. Para evitar que cualquier cosa adicional pasara y que ella pudiera estar en control de la situación, a la par de que todas las uñas secaran el esmalte al mismo tiempo, tomó las uñas de sus pulgares y, como lo había planeado, las atoró en las hendiduras de los cajones. Esta vez en lugar de jalar en línea recta, el movimiento debía ser circular, como si de una llave se tratara. Entonces ya atoradas las uñas rotó sus muñecas, la derecha hacia la derecha y la izquierda hacia la izquierda. El desprendimiento fue más rápido así, y más limpio también, una verdadera lástima que la anatomía del resto de la mano no permitiera esto, pero igual Clara estaba contenta con el resultado.

De inmediato replicó con ambas manos la posición en la que había dejado la primera uña mientras el brotar de sangre empezaba, de esta manera el resultado debía de ser el mismo. Entonces sucedió, la sangre empezó a fluir, lentamente, igual a la primera vez. Algo debía estar

mal con su circulación, no era normal, algo en Clara le decía que la sangre debía haber salido a borbotones, pero no fue así, pensó en irse a checar después, pero de mientras le servía a su propósito. Estaba tan emocionada de haber logrado el resultado que empezó a reír y ahí, en ese despliegue de emoción, la inundó el dolor que retuvo mientras la ejecución de su plan tenía lugar, pero en cuanto se acabaron los pasos, entonces el dolor se abrió camino. Esta vez era tanto que no recorrió en orden sus brazos, esta vez el dolor le martillaba el espíritu mientras le acuchillaba los huesos. Le ardía la piel, le colapsaba una a una las articulaciones, le comprimía una vértebra sí y la otra la expandía. A este punto no era su boca, porque tenía los dientes tan apretados que sentía que empezaba a hundirlos en sus encías, no era su voz sino el mismo cuerpo era el que gemía retorciéndose, pero sin mover las manos porque se le arruinaba el esmalte. La visión negra una vez más se fue cerrando a ella, hasta que sin ver nada simplemente su cerebro decidió apagarse un rato. Quedó recargada sobre la mesa, con las manos extendidas al frente, tiesas, inmóviles, pero el cuerpo seguía replicando los mismos espasmos, ecos del dolor.

Se despertó repentinamente y de un solo golpe se incorporó, lo primero que hizo fue revisar sus uñas, volvió a respirar al soltar ese suspiro de alivio como indicativo de que su esmaltado había quedado perfecto y todo valió la pena. Hay muchas mujeres que se pintan las uñas porque así evitan mordérselas, esa capa de sangre sin lugar a duda ahora cumplía esa función. Se dio cuenta que ya estaba todo oscuro y se dispuso a contestarle a su novio y enviar las disculpas correspondientes con su manicurista. Las pulsaciones comenzaron de nuevo, pero la satisfacción que sentía era mil veces más fuerte, por fin iba a traer sus uñas bonitas, bueno "uñas".

Al llegar donde su celular y pulsar la pantalla se leía: "3:28 a.m., 42 llamadas perdidas, 157 mensajes". Ese contacto con la pantalla le recorrió el cuerpo con una sensación de hormigueo que venía desde el dedo con el que pulsó; pero justo en la raíz de la uña sintió un ardor muy específico y al ver que una pequeña ranura se abría el pánico la invadió. Un par de ideas surgieron en su mente, pero cómo al final Clara sabía más de física que de biología, decidió por precaución darles a sus manos un poco más de reposo y dijo en voz alta:

—Oye Siri, ¿cómo hacer que las uñas no me vuelvan a crecer?



Ilustraciones por Diana Sánchez Trejo

Cuentas conmigo

Nancy Verver

Lo explicó con claridad: solo tenía seis meses de vida de acuerdo con el mejor pronóstico de los médicos. Les detalló a todos la metástasis que padecía y lo agotada que estaba de continuar luchando, así como de las implicaciones económicas que los tratamientos previos habían tenido y que ya no podía costear.

Familiares, amigos, hijos y nietos reunidos a su alrededor, la observaron y escucharon atentamente en medio de un silencio incómodo, con miradas que se perdían en el suelo sucio de la sala. Algunos hasta lloraron. Al finalizar la reunión, uno a uno se despidieron lamentando su situación y ofreciendo todo tipo de ayuda para hacer de esta etapa lo menos trágica posible. Se escucharon frases como:

—Estoy aquí para lo que se te ofrezca. Sabes que cuentas conmigo.

—Amiga, tan pronto mis nietos me lo permitan te traigo tus flores favoritas, las amarillas.

—Tía, tan pronto regrese de mis vacaciones, te vengo a visitar.

—Ahora sí, abuelita, el próximo domingo no faltaré a la comida.

—Mamita, en la siguiente quincena sí te enviaré el depósito.

Tres domingos después al iniciar el día, se puede ver la fachada de la casa triste, vacía, sin vida. Solo se escucha el paso del camión de la basura que recoge una enorme bolsa de plástico llena de cartas, de facturas sin pagar, líneas llenas de promesas incumplidas y un gran ramo de flores amarillas secas.



Karla C.

La terraza de Tito

Mayra Murillo

En la terraza de Tito estás veinte metros más cerca del cielo. Llegas ahí por una larga escalera de caracol que tiene un pasamano de aluminio al que debes asirte con fuerza para no caerte cuando hay mucho viento. Es un cuadrado de aproximadamente cinco metros, amueblado con una mesa de sombrilla y varias sillas que hacen juego, el piso de pasto falso contrasta con lo auténtico del cielo.

Desde ahí puedes ver las estrellas en las noches despejadas, como la de hoy. Estamos a cinco grados, pero estoy segura que aquí la temperatura no pasa de dos. Con media botella de tequila encima este frío es tolerable. Intento fumar, pero a pesar del tequila, las manos se me congelan y no necesito el cigarro para echar vapor por la boca y hacer figuras como las de las caricaturas. Sentada en una silla miro hacia arriba, los demás prefieren ir a jugar billar o a la sala de la chimenea, donde el ambiente es más acogedor. Me quedo sola mirando hacia arriba y tiritando a ratos. Puedo ver desde aquí a Venus, el cinturón de Orión, la Osa Mayor. Reconozco la estrella que los niños dicen que es mi amiga Lolita, y sin querer susurro un hola, no sé si es el efecto del tequila, pero estoy segura de que ella puede oírme. Me pongo a observar detenidamente el cielo y encuentro otra estrella, una que cintila con más intensidad, como si quisiera llamar mi atención; me detengo ahí y murmuró una canción. Tito se asoma por la escalera y me arroja un par de guantes.

—No los quemes —me dice—. Cuestan doscientos dólares.

Todo lo de Tito es caro: el porsche en el garaje, el piso italiano del patio de abajo, la chamarra Armani, los guantes de doscientos dólares y la cabellera larga del millón. Es un tipo generoso, compartido aun cuando no te deje entrar con zapatos para no ensuciar la alfombra. Si derramas algo por el piso como hice yo, tendrás que esperar a que lo limpie él mismo, pues sólo en sí mismo confía para no rayarlo. Quiero a Tito, lo conozco desde siempre y asumo que está y estará por siempre solo. No importa cuán llena esté su casa de personas, no importa cuántas mujeres



pasen por su cama, Tito se siente solo. Lo mismo me pasa a mí.

Me enfundo las manos en los guantes, enciendo un cigarro y fumo con cuidado de no quemarlos como advirtió Tito. Vuelvo la cabeza otra vez al cielo y miro esa estrella necia, cintilando, cintilando. No reconozco esa estrella, no sé cómo se llama, parece estar ahí sin pertenecer a ninguna constelación, como si no encajara, justo como yo. Pienso que a esa estrella quiero ir cuando muera. Me pongo de pie y me recargó en la barda de concreto, la barbilla sobre mis brazos cruzados y la mirada lejos, en las luces de la ciudad. Tito vuelve a empezar la escalera, se queda paralizado a la mitad. Me mira tan intensamente que me siento incómoda.

—¿Qué? —le pregunto con una sonrisa.

—Mejor baja de ahí —me dice serio—. Le tengo miedo a las alturas.

Se sienta en el escalón y dice:

—No lo repitas a nadie por favor —y como para sí susurra—. Arruinaría mi reputación.

Yo lo observo, apago el cigarro en el cenicero y reconozco el logotipo del hotel al que fuimos el verano pasado en las montañas. Traté de evocar el color de aquel verano, su paso ligero por nuestras vidas, el aire tibio de la cabaña con la estufa de hierro forjado. El chocolate con pan dulce del desayuno, la música de la guitarra de Tito, por un instante el frío se fue, me descubrí sonriendo. Me pongo a pensar que necesito esa sensación de libertad de nuevo, pienso que lo que en realidad me gustaría en este preciso instante es caminar por las orillas de las bardas de concreto, caminar alrededor de aquel cuadrado haciendo equilibrio, como hacen en el circo. Al fin y al cabo siempre he vivido así, como en la cuerda floja, sin mirar ni atrás ni abajo pero tampoco al frente. Quiero sentir el aire helado acariciar mis mejillas, sentir el vacío. Sentir que puedo volar como en el cuento de Peter Pan que me gustaba tanto de niña.

Tito me mira y, visiblemente incómodo, termina la escalera, da un paso hacia mí y me dice:

—Quédate quieta. Bajemos de aquí, por favor. Hace frío.

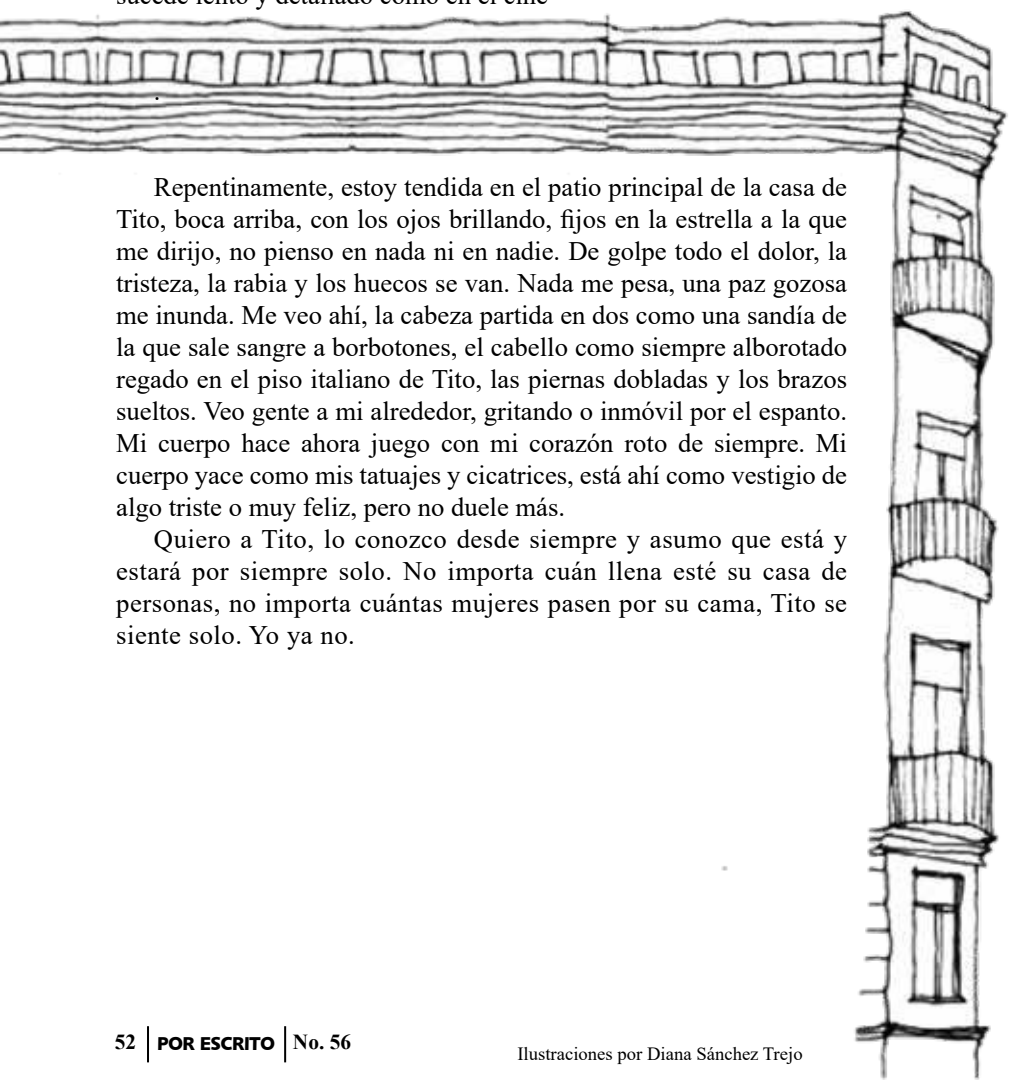
Me ruega como si fuera un niño asustado. Doy dos pasos hacia atrás sin pensarlo, Tito se queda parado inmóvil con los ojos húmedos.

—Bajemos —repite bajito mirándome a los ojos—, te lo suplico, bajemos.

Me siento de un salto en la barda.

—No hagas eso —me grita.

Yo, como un gato, me pongo en pie. Doy un paso, luego otro, concentrada en poner un pie delante del otro, los brazos extendidos. Me siento feliz, estoy eufórica, cierro los ojos y respiro el aire cargado de invierno. Oigo la voz de Tito, pero ya no entiendo lo que dice, se escucha una especie de música que completa la escena de circo. Camino más deprisa y hago figuras, recordando mi época de bailarina. Salto y entonces sí que estoy volando, mis pies no tocan más la barda. Por un momento estoy suspendida en el viento, todo sucede lento y detallado como en el cine



Repentinamente, estoy tendida en el patio principal de la casa de Tito, boca arriba, con los ojos brillando, fijos en la estrella a la que me dirijo, no pienso en nada ni en nadie. De golpe todo el dolor, la tristeza, la rabia y los huecos se van. Nada me pesa, una paz gozosa me inunda. Me veo ahí, la cabeza partida en dos como una sandía de la que sale sangre a borbotones, el cabello como siempre alborotado regado en el piso italiano de Tito, las piernas dobladas y los brazos sueltos. Veo gente a mi alrededor, gritando o inmóvil por el espanto. Mi cuerpo hace ahora juego con mi corazón roto de siempre. Mi cuerpo yace como mis tatuajes y cicatrices, está ahí como vestigio de algo triste o muy feliz, pero no duele más.

Quiero a Tito, lo conozco desde siempre y asumo que está y estará por siempre solo. No importa cuán llena esté su casa de personas, no importa cuántas mujeres pasen por su cama, Tito se siente solo. Yo ya no.

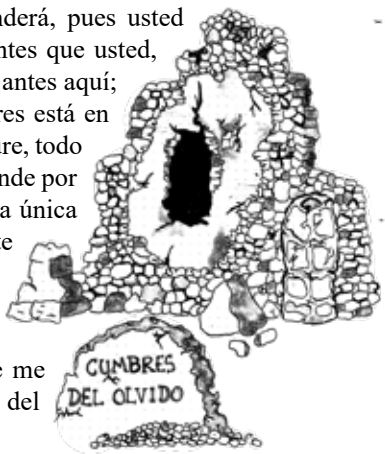
Ilustraciones por Diana Sánchez Trejo

El pueblo de Cumbres

Simona Galdina

El pueblo de Cumbres se entremezcla en una de las principales avenidas que hila dos grandes localidades, aquel vano pueblo de paso donde el único sonido que merodea es el ruido de los autobuses que, de vez en vez, se detienen a que sus pasajeros se despejen de tanto andar ahí adentro. No hay nada más que árboles marchitos, perros flacos que recorren las veredas con la mirada perdida, polvo que se levanta como un suspiro y una nada infinita, una inmensa y espesa nada que se cierne sobre el lugar. Cumbres, siempre al borde de la indiferencia, de la disolvencia, de la desmemoria. Así lo decía mi madre en sus últimos días, cuando el Alzheimer la sumía en un laberinto de recuerdos perdidos, donde las palabras se desvanecían antes de encontrar su camino, incapaz de hilvanar una sola oración, olvidando el sujeto siquiera al llegar al verbo, apenas un eco apagado, un vestigio de lo que alguna vez llego a ser.

No fue hasta que llegué aquí que sus palabras resonantes tomarían color. Aquí los caminos cambian para quien los va a andar. Los frutos que aquí se dan ni se sienten, su sabor es ausente, apenas y dejan un resquebrajo de la sazón en la lengua de quien los prueba; no llenan, pero tampoco se le antojan a uno. Nadie vive en Cumbres; este es un pueblo para uno nada más, pero todos han pasado por aquí, hasta usted. Le aseguro que aquí se deshará de todo lo que se trae encima. No se asuste; cuando llegue aquí lo comprenderá, pues usted vendrá, así como lo hemos hecho todos antes que usted, y entonces se dará cuenta de que ya estuvo antes aquí; este es el punto de reunión común. Cumbres está en todos lados y en ningún sitio, pero no se apure, todo a su debido tiempo. Falta mucho para que ande por aquí de manera permanente, y sí, pues es la única permanencia que perdura; primero la muerte le llegará antes, ya verá.



Karla C.

Ahora es tiempo de despedirme y quedarme por

siempre aquí, en estos senderos que se me enredan, aquí en el pueblo de Cumbres del Olvido.

El tiempo de Dios es perfecto

Enrique A. Meitín



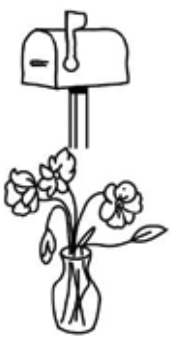












Hoy es sábado en la tarde, no hay mucho sol y le he jurado a mi mujer que dejaré de escribir…, al menos por un momento y llevaré a lavar el auto, pues tengo todo el tiempo para ello, y pondré en práctica lo que ella dice continuamente, eso de que *"el tiempo de Dios es perfecto, y no hay que apurarse"*. Seguiré su consigna…

Tomo mis llaves y al llegar a la puerta de la calle veo en un clavito colgado la correa del perro y recuerdo que no lo he sacado hoy a hacer sus necesidades como hago todas las tardes, y voy por él. Decido pasar antes por el buzón de correo a ver si llegó algo más importante que las cuentas pendientes y la propaganda de desperdicio.

Abro el buzón y entre las cartas hay varias facturas, no por indeseadas menos exigentes. Regreso a la casa a dejar la correspondencia en la mesita que hay en la sala de estar y tirar a la basura los sobres vacíos y los anuncios, cuando me doy cuenta de que el cubo está lleno. Por lo que debo llevar el cubo a vaciar al contenedor, que está fuera de la casa. Ya que voy al contenedor de la basura, puedo llevar al perro conmigo para que pueda distraerse un rato y hacer sus cosas, y de paso llenar un cheque para pagar la factura, y echarlo al buzón.

Saco del bolsillo mi chequera…, y cuál sorpresa, solo me queda un cheque. Vuelvo atrás, esta vez al estudio en busca de otra chequera y encuentro sobre la mesa la *Coca-Cola* que me estaba bebiendo mientras escribía el cuentecito de hoy. ¡Ay! No recuerdo en qué archivo lo salvé…, ya se me había olvidado. Pongo las llaves del auto sobre el buró y retiro la lata, pensando en llevarla al refrigerador, pues todavía está medio llena, no vaya a ser que se derrame sobre el buró y los papeles y me busque una refriega de mi querida gordita. Todavía hay tiempo para sacar el perro y fregar el auto. No debo preocuparme…, lo haré antes de que ella regrese.

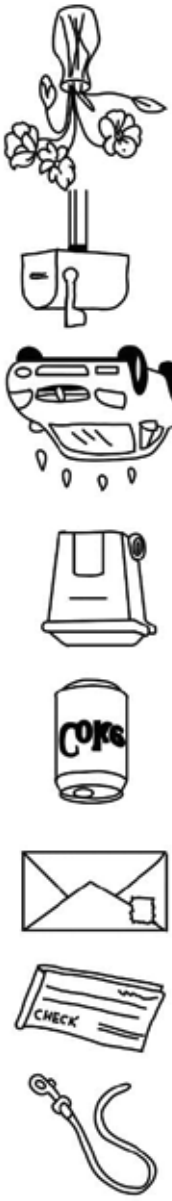
Al ir hacia la cocina me fijo que el ramo de flores que

le regalé ayer a mi mujer…, creo que fue ayer. Además, no sé porque se lo regalé, pero el caso es que está allí en la mesita del pasillo de la entrada, y tiene algunas flores marchitas. Dejo la *Coca-Cola* sobre la mesita y descubro allí los espejuelos para ver de lejos que estuve buscando ayer cuando íbamos a salir, y que finalmente salí sin ellos, y a su lado la correa del perro. Los tomo conmigo. Después de retirar las flores ya marchitas, llevo los espejuelos al estudio, lleno una jarra de agua en la cocina y de repente, veo el control remoto del televisor. Anoche lo estuve buscando como loco y estuve peleando por él media hora.

Decido que una vez que arregle el ramo de flores, lo llevaré a su lugar en la sala. Echo un poquito de agua en el jarrón donde está el ramo y la mayor parte se derrama en el suelo. Por lo tanto, vuelvo a la cocina, dejo el control remoto sobre la mesa y cojo un paño para secar el agua. De regreso atravieso el lobby tratando de recordar qué coño es lo que quería hacer con el paño, y con la correa del perro que llevo conmigo.

"El tiempo de Dios será perfecto", pero el mío…, más imperfecto no podía ser. Ha oscurecido, y el auto está sin lavar..., será mañana, ya es muy tarde; no he sacado el perro, ni mandado a pagar la factura; solo tengo un cheque en mi chequera; el cubo de la basura está lleno; hay una lata de *Coca-Cola* caliente en la mesa de la cocina; el ramo sigue teniendo flores ya marchitas y con poca agua; no consigo encontrar en ninguna parte el bendito control remoto de la tele, mucho menos mis espejuelos de ver de lejos con los que manejo. Pero lo más preocupante, es que hay dos feas mancha en la alfombra de la entrada…, una parece agua, otra tal vez del orine de perro; y no tengo la maldita idea dónde dejé las llaves del auto.

Me quedo pensando cómo he perdido todo ese tiempo y sin haber hecho ni un carajo en todo el día, andando de aquí para allá por la casa, este más cansado que si hubiera fregado el auto y corriera como lo hace el perro cuando sale conmigo, y que, además, después me atreva a afirmar que por tener mi mente ocupada soy inmune a ese cabrón alemán llamado Alzheimer.



Juan Pablo Mena

Amapola Pt.1

Alejandro Avila

I

Habían pasado ya varios años desde aquel increíble suceso que marcó un antes y un después en la historia de Rhishbut. Años desde que la llegada de al que Knyop había nombrado «noche» en su ahora extinta lengua, había causado estragos en la forma de pensar de la ancestral capital egipcia, pues desde entonces los dioses existían, y para más inri, luego de presentarse Phoro y haber dicho «existo», uno que otro de los habitantes del pueblo, cuyo origen es aún desconocido, se alzaba diciendo que de igual manera se trataba de un dios, en un vano intento por recibir la adoración y respeto que solo recibían, hasta entonces, unos pocos cuantos seres, que gradualmente la gente fue aceptando como reales. Todos y cada uno de ellos descritos por Knyop a Rhishbut luego de haber visto brevemente el pasado, presente y futuro de todo el universo tras ingerir aquella negra gota que El Devorador de Mundos dejó caer sobre su boca, misma que contenía en su interior, además de un conocimiento casi infinito sobre el cosmos, la esencia del mismísimo Tzumogh y, con ella, el terrible destino que al híbrido Le'aghk le esperaba. Aquellos que mancillaban el nombre de lo divino, por lo general, eran ejecutados a manos de fieros creyentes de «Los del Vacío». Esta es, pues, una historia que transcurre poco antes de la hórrida debacle de Rhishbut, perpetrada por las inestables entrañas de «El Voracido»; una historia de olvido, amor y dolor; una historia acerca de una hermosa flor.

II

Le'aghk se encontraba, como era habitual, sentado a las orillas del que es llamado Nilo, no muy lejos de Rhishbut, mirando el sol ponerse tras las muchas dunas en el horizonte; estaba en completo silencio; en sus manos una amapola color azul.

Desde pequeño tenía la mala costumbre de dejar la ciudad, acompañado de otros niños, para dirigirse al infinito río y jugar en el agua con ellos, por lo que no era de extrañar que se le encontrase ahí cuando desaparecía del gran palacio piramidal de Rhishbut, en donde él y su madre, la princesa Knyop, residían. Siempre había tenido curiosidad acerca de por qué él no tenía, como el resto de los niños,

un padre y una madre que fueran a recogerlo cuando ya era muy tarde, solo una madre. Intentaba no pensar mucho en eso, pues después de todo, a él nada le faltaba, pero aún así, para un niño tan inocente como él mismo, la curiosidad suponía ser una tortura más espantosa que la propia muerte. Un día, cuando del palacio Knyop había salido al río para confrontar al pequeño Le'aghk, este le preguntó, tan pronto la vio, que por qué él nunca había visto a su padre. La princesa olvidó por completo la molestia que le había provocado la desobediencia de su hijo, quien la miraba con un rostro desanimado que se esforzaba por no expresar tristeza. Knyop se sentó junto con él y a las orillas del río le contó sobre la vez en que un extraño ser de naturaleza desconocida bajó del cielo y se dirigió hacia donde ella. Le platicó sobre cómo la piel de este parecía ser la noche misma, la cual se encontraba entonces por sobre sus cabezas, y luego de contarle lo ocurrido cuando estuvieron frente a frente, le dijo que, aunque aquel que era su padre no estuviera cerca, creía fervientemente que este algún día volvería. Le'aghk en las palabras de su madre encontró aquel consuelo que entonces necesitaba; pronto, la tristeza que antes lo había consumido se vio reemplazada por un sentimiento de orgullo y felicidad, pues se acababa de enterar de que aparte de pertenecer a la realeza de Rhishbut, era hijo también de lo que se creía un dios. El pequeño, sintiéndose un tanto culpable luego de lo que suponía que su madre también sentía, se disculpó por haberse escapado del palacio y prometió nunca más hacerlo. Knyop, vulnerable por el momento, simplemente lo abrazó y le besó la frente.

La mujer, luego de un breve instante de silencio en el que se quedó mirando el cielo nocturno junto con el chico, se puso de pie y empezó caminar rumbo a la ciudad, mientras que su hijo, quien la había imitado cual espejo, se detuvo en seco tras de ella pocos metros después al ver que sobre las dunas, atravesando el río, la silueta apenas distinguible de una persona parecía estar recogiendo y acomodando cosas del suelo entre sus brazos. Aquella misteriosa figura pareció haber notado, pese la distancia, que el niño la había visto. Le'aghk pronto volteó hacia donde se encontraba su madre para decirle preocupado que allá a lo lejos había alguien, pero para cuando Knyop se dio la vuelta nada había, solo una poca cantidad de pequeños objetos, los cuales parecían estar cayendo lentamente sobre la arena. La princesa se había quedado callada; miró hacia las dunas, luego hacia su hijo, quien la miraba extrañado, y de los ojos de ella comenzaron a salir unas pocas lágrimas. Knyop le sonrió al pequeño y lo tomó de la mano. Ambos siguieron su camino hacia el palacio sin decir más nada. El chico parecía haber olvidado lo ocurrido



a los pocos minutos, aunque por culpa del cansancio de ello no se había percatado. Quizás Knyop sabía algo acerca de lo que su hijo creía haber visto, pero como era de esperarse, fue una de las tantas cosas que se llevó a la tumba en el momento en que murió.

A la mañana siguiente, Le'aghk hizo caso omiso de la promesa que le había hecho a su madre la noche anterior, pues tan pronto despertó, con otros niños al río se había ido. Cuál fue su sorpresa, cuando al pasar la duna que estaba antes de llegar a la orilla del Nilo, vio entre todos los demás pequeños, a una niña sentada en soledad no muy lejos del agua, portando un lindo vestido blanco. A la pequeña la rodeaban varias flores de todo tipo que de alguna misteriosa manera habían crecido en la arena. A Le'aghk le extrañó que hace tan solo un día él mismo había estado sentado justo donde se encontraba la niña y, para entonces, no había visto en el suelo ni una sola flor. De hecho, le parecía curioso que solo hubiese flores alrededor de ella.

Nadie ahí presente sabía quién era, pero eran todos muy pequeños como para preocuparse por otra cosa que no fuera jugar, así que pronto corrieron a toda velocidad al agua, dejando tras de sí una tormenta de arena y al frente un inmenso diluvio que subía desde abajo. Le'aghk no se había movido. Comenzó a caminar lentamente hasta donde se encontraba la pequeña. Una vez al lado de ella se sentó y esta lo miró. Su cabello era, al igual que sus agrandados ojos, de un color castaño; su piel era blanca y delicada al igual que su rostro, el cual expresaba una especie de interés que la pequeña sentía al ver al niño. Entre su oreja derecha, y sosteniendo su cabello, una amapola de color rojo, similar a las que en su mayoría había alrededor suyo. Por sus rasgos pensó el pequeño que de algún lugar muy distinto a Rhishbut ella había venido. Su nombre era Pavaes.

El chico le preguntó, luego de haber recordado lo ocurrido solo con acercarse, que si era la persona que él había visto del otro lado del río, a lo que ella respondió con un gesto de sorpresa que transformó por completo la expresión seria que tenía en la cara, para después dirigir su

mirada al frente y ver al resto de los niños. No dijo nada, pero por su forma de reaccionar parecía entender por completo el idioma del chico. Le'aghk, quien había interpretado aquello como un «sí», le preguntó por qué estaba sola tan noche y tan lejos del pueblo. Pavaes no apartaba la mirada del frente; jugaba con una pequeña flor que tenía entre sus manos. El chico tenía tantas preguntas acerca de ella, y lo desesperaba tanto el hecho de que todas y cada una fueran ignoradas, hasta que le preguntó entonces qué quiénes eran sus padres y por qué no habían ido por ella. La niña detuvo el jugueteo entre sus dedos y miró nuevamente al chico, solo que esta vez con una mirada un tanto vaga que pronto dirigió al suelo; apuntó con un dedo hacia el otro lado del río, por lo que el chico instintivamente miró en aquella dirección, aunque lo único que vio fue arena.

Tal fue la confusión cuando al regresar la vista hacia la niña, ella ya no estaba; Pavaes se había esfumado en un pequeño montón de flores que caían al suelo y que, junto con las que antes se encontraban rodeándola, parecían regresar hacia el interior del suelo. Le'aghk volteó a ver a los niños que jugaban en el río, esperando no haber sido el único que se hubiera dado cuenta de aquello, pero todos estaban tan ocupados salpicando agua que nadie pareció siquiera haber notado que él aún no había entrado a jugar con ellos. Regresó su mirada hacia donde las flores y cuando vio que ya no había ni una sola, comenzó a escarbar entre la arena para ver hacia dónde se habían ido. No encontró nada. Al igual que la noche anterior, luego de que la niña desapareció no sin antes ella haberlo visto, Le'aghk no recordaba en lo más mínimo que era lo que había ocurrido, no sabía que era lo que estaba haciendo con las manos dentro de la arena; para él hacía tan solo un momento que todos estaban caminando hacia el río, no recordaba pues cómo es que todos, menos él, se encontraban ya dentro. Estaba confundido, se levantó de la arena, e intentando recordar las cosas, se dirigió junto con los demás.

Grande fue el ruido que provocaron las risas de los niños al escuchar que él nada recordaba sobre cómo había cruzado la duna, quienes parecían haberse olvidado de aquella niña pese a haberla visto, pues nada acerca de ella dijeron; pero más grande aún fue el ruido de las carcajadas que soltaron al oír de la propia boca del chico, cuando de alguna manera se dio el tema de conversación, todo eso que su madre le había dicho sobre el ente llamado Phoro, del que era hijo. Todos se burlaron de él, pero poco le importó; creía por completo en la palabra de Knyop.

El día transcurrió como cualquier otro día y, pese a haber sido ridiculizado, Le'aghk no se había divertido tanto en toda su vida, ya que luego de que aquellos quienes de él se rieron resultaran salpicados por él mismo, y estos le respondieran de igual manera. Se dio en el Nilo una batalla nunca antes vista, en donde al final todos se divirtieron.

III

Le'aghk no había comprendido en un inicio la razón por la que luego de aquel alegre día en el río, esos niños, a quienes él llamaba amigos, ya más nunca se le acercaron. Desde entonces había estado solo; su única compañía había sido, hasta aquella tarde, la bella y dulce Paaves, de la que perdidamente se había enamorado.

Él, siendo ya un joven crecido, creía que los pequeños a sus padres les habían contado de manera inocente, al igual que él a ellos en el Nilo, todo acerca de su muy peculiar progenie: un híbrido nacido de una humana, cuya inmaculada concepción fue posible solo por la intervención de un sideral ser; creía que los padres de los niños, así como muchos de los otros habitantes de Rhishbut, eran de aquellas personas quienes pensaban que las cosas que se encontraban allá afuera, en los abismos del universo, eran algo horrible de lo que se debía temer. Creía que los adultos les habían prohibido tajantemente a sus hijos volver a acercarse, ya que a sus ojos era algo maligno, cuya sola existencia ponía en riesgo todo lo que aquella antigua y aislada civilización había logrado.

En todas y cada una de sus sospechas había acertado, y cierto es que poco se equivocaban aquellos que le temían; él era peligroso. Algo dentro de él algún día se formaría: la negra anomalía que algún día lo llevaría a ser conocido como El Voracido.



IV

Al principio ninguno de los dos sabía qué era lo que sucedía. El niño se encontraba siempre sentado solo frente a la corriente, esperando a que alguno de los demás pequeños fuera a jugar con él, cuando de pronto en el aire percibía un aroma floral que hacía que sus recuerdos de días anteriores a lado de ella regresaran; su mente era una compleja cerradura y Pavaes la llave que a él grácilmente se le acercaba, dejando tras de sí un camino de flores que eran tragadas por la arena tan pronto avanzaba. Había sido mucho el tiempo que habían estado juntos, pero por desgracia para Le'aghk, una vez que la niña desaparecía, era como si para él en un instante el día se hubiera transformado en noche; no recordaba siquiera la existencia de la pequeña. Tantas y durante mucho tiempo fueron las cosas que ambos intentaron hacer para que el chico, una vez que separados se encontrasen, no se olvidara de ella, pero todas terminaban en fracaso.

Un día Pavaes, triste porque ninguna de sus ideas había funcionado, fue al río para ver, como de costumbre, al niño. Era casi un hábito para Le'aghk, cuando la niña se encontraba deprimida, contarle historias acerca de él y de su pueblo para así animarla un poco, siendo la favorita de ambos la de la llegada de Phoro. Sin embargo, algo había en aquel relato a lo que ella jamás le dio más importancia de la que ya en sí se merecía; algo de lo que desde un inicio se había percatado, pero que hasta ese día creyó apenas que podía ser la solución a la pérdida de memoria del niño, de la cual ella, al haberlo visto por primera vez esa noche desde el otro lado del Nilo antes de desaparecer, había sido la culpable sin siquiera saberlo. Ese algo era la negra gota de Tzumogh.

Pavaes pensó, que si Phoro había creado vida dentro de Knyop tan solo transmitiendo su ser a través de una gota de él mismo, ella podría del mismo modo obrar un milagro dentro de la mente de Le'aghk, ya que después de todo, había sido creada de la misma manera que Tzumogh. Juntó entonces sus manos y reuniendo en las mismas un poco de su propia esencia, formó dentro de ellas una preciosa amapola color azul. Le'aghk había visto miles de veces como la pequeña generaba todo tipo de flores de la nada, pero algo había en esa, además del color, que la hacía completamente distinta de las demás; no sabía qué era, pero le resultaba familiar. Pavaes extendió sus dos manos y le entregó la flor al niño; le dijo que no preguntara y que se comiera sus pétalos, ya que era esa la última de sus ideas. El pequeño, luego de mirar su insistente rostro, le hizo caso sin dudar; Le'aghk tomó la amapola.

Primero uno, después el segundo, luego el tercero, finalmente el cuarto. No sintió nada diferente al tragar los pétalos, salvo el sabor a vainilla apenas perceptible de la flor dentro de su boca. La niña suspiró deprimida. El chico se le acercó un poco, optimista le dijo que aún era pronto para considerarlo un fracaso, ya que ella seguía estando cerca de él y que solo separándose sabrían si aquello había o no funcionado, cosa que no pensaba hacer sino hasta llegada la hora en que tuviera que regresar al palacio, prometiéndole llevarse el tallo de la amapola ya sin flor y regresarlo como prueba de que de ella no se había olvidado; la niña sonrió, animada por las palabras de Le'aghk.

Conversaron durante el resto del día, hasta que sobre ellos se posó la noche; había llegado el tan ansiado momento de separarse, entonces se despidieron. Pavaes miraba cómo el niño se alejaba frente a ella en dirección a la brillante Rhishbut que se encontraba en el horizonte, con el tallo de la amapola entre sus dedos. Él había sido el único al que como ella había conocido. no quería que de ella se olvidase. Suspiró, y cuando a Le'aghk ya más no pudo distinguir entre la oscuridad y la arena, se esfumó en un montón de flores, volviendo así al lejano oasis de donde había surgido hacía tanto tiempo.



Ilustraciones por Max Adame

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

¿QUIERES PUBLICAR?

ENVÍANOS TU PRODUCCIÓN

EN PROSA, VERSO O MATERIAL VISUAL
EN BLANCO Y NEGRO

consulta las bases en
www.porescrito.org/convocatorias

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Algo real,
Cecilia Durán Mena

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Isis Ayled González Martínez
Erandi Guadalupe Lozano Velázquez
Fausto Maximiliano Adame Pérez

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 7378 8336

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número cincuenta y seis. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio de 2025.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revistaporescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac – Código Libre – Radio C

www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Solo el árbol tocado por el rayo guarda
el poder del fuego en su madera".

No me preguntes cómo pasa el tiempo
José Emilio Pacheco

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir